

DESPLAZAMIENTOS

“A todo individuo le sigue una sombra (...) Si las tendencias reprimidas de la sombra no fueran más que malas, no habría problema alguno. Pero, de ordinario, la sombra es tan sólo mezquina, inadecuada y molesta, y no absolutamente mala.”

CARL GUSTAV JUNG. *Psicología y religión*

Capítulo I

La casa tiene un típico olor a frituras y hacina-
miento, una constante en estas recorridas de prin-
cipio de mes. Aquí me resisto a golpear la puerta
o pulsar el timbre; utilizo mi llave. Es, después de
todo, la casa de mi infancia, mi casa, y todavía con-
serva muchas cosas mías. Pero ese gesto no me re-
sulta fácil; sé que estoy invadiendo un territorio que
ahora es ajeno, aunque ellos, en su promiscuidad,
no puedan juzgar mi actitud. Me muevo con cierto
envaramiento, con algo de sospechosa cautela, por
ése y por otros motivos —como el deseo insolente,
insidioso, casi morboso por una de las pensionistas;
o las formas complejas de odio, porque está casi en
ruinas, hacia esta misma casa que amo, y hacia mi
padre, porque se murió y me dejó esta herencia de
sus eternos recorridos de principios de mes, de su
avaricia y de su rol de avaro; y hacia mí mismo por
representar este papel o por mis inútiles rebeldías: el

viejo se murió de golpe y me enfrentó a mi propia cobarde impotencia, me partió en dos mitades, una que rasca los bolsillos de la pobre gente, otra que quisiera ser libre.

En el corredor está encendida la triste luz amarillenta y, hacia el fondo, ese amplio espacio —cocina o patio— está ahora sólo muy débilmente iluminado, en forma indirecta, por una luz que debe provenir del otro corredor, paralelo a éste, que lleva al sector donde, entre otros, vive esa muchacha cuyo nombre todavía no he podido averiguar. Paso junto a una habitación sin puertas, como un pequeño patio entre dos dormitorios; allí están mis cosas, y siempre que paso por allí lo hago con el temor de sorprender a alguien ocupándolo indebidamente; pero, al parecer, lo respetan; por lo poco que puedo ver en esa penumbra, todo se muestra intacto. Sin embargo, no tengo manera de comprobar si por las noches alguien no desenrollará el colchón y se tenderá allí a dormir, para volver a enrollarlo por las mañanas y atarlo con el cinturón de cuero.

Todo está en silencio, salvo el lejano sonido de un pequeño chorro de agua y un esporádico entrecuchar de cacharros, como si alguien estuviera lavando los platos. Temo haber venido un poco tarde y que la gente se haya acostado ya, pero encuentro mucho más probable que hayan salido y todavía no

hayan vuelto o que, quizás, estén encerrados en sus piezas, bien cenando, bien esperando la hora de la cena, aunque ese patio que oficia de cocina sigue a oscuras, y si alguien está lavando platos es porque ya se ha cenado. Pero hace poco tiempo que murió mi padre y por lo tanto hace poco tiempo que me dedico a estas recorridas y, todavía, ignoro no sólo los nombres sino también las costumbres de la mayoría de los pensionistas; de algunos ni siquiera conozco la cara, o no tengo mayor certeza de su existencia real —como por ejemplo el marido, a quien nunca he visto, de esa mujer que deseo; sólo he visto a una criatura en los brazos de ella, e imagino que la criatura es su hijo y que hay de por medio un marido, pero en realidad sólo sé que otra muchacha, más joven y muy distinta de ella (con el cabello rubio y grueso, de un rubio casi blanco, baja y más bien gorda, fea), es su hermana; al menos así me fue presentada la última vez que estuve aquí, el mes pasado, y por momentos me da por pensar que la criatura es hija de la fea; pero es la fea quien me mira con interés, mientras que la otra parece ignorarme por completo; sólo esa fría cortesía con algo de temor oculto y tal vez mucho rencor porque, no debo olvidarlo, soy el casero y vengo a cobrar el alquiler.

Al pasar cerca de la pobre lamparita, que acentúa la sordidez del ambiente o que, tal vez, disimu-

la piadosa los deterioros que una luz más potente desnudaría con crueldad, veo sin querer mi propia sombra proyectada sobre la pared a mi derecha; es la sombra de mi padre, su mismo perfil, y si bien ni mi rostro ni mi cuerpo denotan en la realidad el parentesco, mi sombra en cambio puede superponerse exactamente con aquel cuerpo y aquel rostro, especialmente con aquel gancho de avaricia en la nariz, la punta curvada hacia abajo y hacia adentro como delatando un alma vertida hacia sí misma. Más de una vez he sorprendido fugazmente a esta sombra, y más de una vez la he buscado o fabricado a propósito para estudiarla con detenimiento, esperando desmentir esas visiones fugaces, pero no: la semejanza es total, completa, y en este momento es mi padre quien avanza por el corredor, con las manos en los bolsillos; es él quien se dirige gozosamente hacia sus víctimas, nunca supe bien si con el gozo anticipado del dinero que iba a recibir o si con el otro, más sombrío aún, de imponer a esa gente su poder, jugar con ellos y con su debilidad, con su situación precaria, su inseguridad.

Paso junto a otras puertas cerradas y aberturas hacia otros corredores, en esta casa construida azarosamente, con sectores y piezas que, desde la modesta construcción iniciada por mis bisabuelos, se le fueron agregando a través de los años y las generaciones

para ir solucionando necesidades familiares; y llego a la cocina en penumbras, ese amplio patio con un aljibe tapiado, que habíamos convertido en una mezcla de cocina y comedor, aunque en mis escasas recorridas no he llegado a advertir cuál es su función actual; más bien parecería que ellos vivieran aislados, cada cual en su pieza o cada familia en su sector, sin necesidad de un espacio amplio como éste donde compartir sus comidas o simplemente reunirse para conversar. Allí no enciendo la luz; todavía me muevo furtivamente, más como intruso que como dueño de casa. La débil luz viene efectivamente de ese otro pasillo paralelo, y junto con ella el ruido del agua y de los cacharros. Me asomo a la entrada de ese pasillo, que marca un repliegue de la casa sobre sí misma, y a la luz de otra pálida lamparita veo a pocos pasos de mí a la mujer que lava los platos. Es ella. No alcanzo a distinguir si lleva puesta una combinación de ropa interior, de color negro, o si se trata de una malla de baño de dos piezas. La veo de costado, su lado izquierdo hacia mí, manipulando en la pileta sin advertir mi presencia. A su espalda está la puerta de uno de los dormitorios del sector —el suyo—; el otro está a su derecha, al final del pasillo. El primer dormitorio está iluminado, y las puertas abiertas están a medias tapadas por un género celeste que oficia de cortina y que ahora ondula débilmen-

te, cómo empujado por una brisa que, por cierto, no llega hasta donde yo me encuentro. En esa pieza probablemente se encuentren el bebé y el marido, y también la hermana fea. El otro dormitorio tiene las puertas completamente cerradas, con postigos que cubren los vidrios, pero la banderola sobre la puerta, con los vidrios descubiertos, muestra que en el interior la luz está apagada. No tengo idea de quién puede ocuparlo; recuerdo poco de esa gente y no sé si alguna vez he cobrado allí el alquiler.

Salgo rápidamente de la vista, volviendo a un lugar intermedio en el patio, entre los dos pasillos, no porque no esté fascinado por la visión de ese cuerpo, no porque no quisiera adelantarme por ese pequeño pasillo y acercarme a ella; temo ser descubierto en una actitud por lo menos dudosa y, ya que no soy capaz de avanzar, lo peor que podría hacer es quedarme allí espiando. La semidesnudez de la mujer me ha dejado sorprendido, y la ambigüedad de mi percepción de sus ropas me deja sin saber qué hacer. Debo volver a tomar impulso, tal vez encender la luz de la cocina, hacer más ruido con mis pasos aunque, como mi padre, llevo suelas de goma, y al llegar a la abertura del pasillo golpear con las manos o llamarla, como si no hubiera advertido que sus ropas podrían crearle una situación incómoda. Debo actuar con naturalidad, simulando que acabo de llegar y no he

visto la escena que en realidad he visto y que no siento el empuje del deseo que realmente siento.

Accioné la llave de la luz del patio, sin resultado; la lamparita estaría quemada. Pero de todos modos continué con mi propósito; desde el extremo del primer pasillo volví a dirigirme al segundo, haciendo sonar lo más posible mis pasos, y cuando llegué a la abertura del segundo pasillo me detuve. Ella seguía en el mismo lugar, aparentemente sin haberme escuchado. Golpeé las manos y entonces sí, miró en mi dirección.

—Ah —dijo, sin ninguna entonación especial; y agregó, en el mismo estilo—, un momento, por favor. —Terminó de enjuagar la olla que tenía en las manos y la secó apresurada y diestramente con un trapo blanco; luego la dejó en el fregadero, junto a la pileta, donde se amontonaban algunos platos y otros enseres; secó sus manos en el mismo trapo y se metió en la pieza iluminada, levantando una punta del género celeste y agachándose levemente para pasar por debajo, ya que sin duda estaría fijado con clavos al travesaño superior de la puerta. Reapareció en pocos segundos; no había considerado necesario agregar ninguna prenda sobre las que llevaba, y avanzó hacia mí, con la mano derecha ligeramente adelantada, apretando algunos billetes. Cuando llegó a mi lado comprobé que realmente tenía puesta ropa interior,

8

y no una malla; pero, con esa luz tan escasa, había mucho más para imaginar que para ver, como unas pequeñas caladuras y cierta transparencia de la tela que por momentos me parecía percibir; pero su propio cuerpo se interponía entre mis ojos y la luz del pequeño pasillo, y se ofrecía apenas como una silueta recortada y un juego de sombras. Se desprendía de ella un aroma natural, sin el añadido de ninguna clase de perfumes; la transpiración de una mujer que ha estado trabajando en tareas de la casa, un vaho salobre al que se integraban también esos olores del ambiente, la humedad, el hacinamiento, las frituras, el jabón, y la mezcla no surtía curiosamente un efecto que inhibiera mi deseo sino que, por el contrario, me parecía que multiplicaba las sugerencias de la imagen. Sentía un impulso muy fuerte hacia ella, que tal vez no habría podido controlar si hubiera hallado en su actitud o en su mirada el más remoto atisbo de invitación o desafío, pero ella se mostraba completamente neutra, la mirada más bien baja, el rostro inexpresivo, y con una naturalidad en los movimientos que me hacían pensar en una seguridad que provenía sin duda de sentirse respaldada por el hombre que estaría en ese momento en la pieza, a pocos pasos.

Quando llegó a mi lado no hubo ninguna pausa, ningún lapso que me permitiera alguna iniciativa; me alcanzó el dinero, que yo tomé automáticamente

9

te y, sin contarle, metí en el bolsillo exterior derecho del saco, mientras sentía que mi propia mirada buscaba penetrarla, impaciente por que ella mostrara sus ojos para alcanzarla con un mensaje imperioso. Inútil: sin dar de sí más que esa visión fantasmal de su cuerpo apenas cubierto, sin añadir una sola palabra, inició el movimiento inverso, retirando la mano y comenzando a girar el cuerpo para volver por donde había venido.

—Oiga —dije, y ella detuvo el movimiento. Al levantar el rostro hacia mí inquisitivamente, entrecerró los ojos, y entonces comprendí que su comportamiento no era inocente, que su mirada baja no era una actitud natural de pudor, sino un desprecio calculado. Supe que me tentaba a propósito y a propósito se me negaba, seguramente como venganza porque yo era el propietario de la casa y tenía sobre ella esa forma de poder. Apreté los puños y las mandíbulas y en mi mente se formuló con total claridad un pensamiento: esa mujer sería mía. Y ese pensamiento me devolvió la calma, y velozmente cambié la dirección de mi discurso; no sabía exactamente qué iba a decirle cuando la llamé, pero aquel "oiga" tenía un tono perentorio que presagiaba algo desagradable; aflojé mi cara en una sonrisa y dulcifiqué el tono de voz, o al menos intenté hacerlo—. ¿Cómo está su hijo? —pregunté

Su rostro también se dulcificó, e insinuó una sonrisa. La mirada volvió a bajar.

—Bien —dijo suavemente, con voz de un agradable matiz ronco—. Es una niña. Se llama Paula.

—¿Necesita algo...? —volví a preguntar, y llevé la mano al bolsillo derecho—. Quiero decir...

—No —respondió, y comenzó otra vez el movimiento de retroceso—. Muchas gracias. No nos falta nada —y ahora sí, su andar se hizo ondulante, provocativo, y lleno de furia la vi pasar bajo la cortina celeste sin que volviera a mirar en mi dirección.

—Oiga —dije, y ella detuvo el movimiento. Al levantar el rostro hacia mí inquisitivamente, entrecerró los ojos, y entonces comprendí que su comportamiento no era inocente, que su mirada baja no era una actitud natural de pudor, sino un desprecio calculado.

Supe que me tentaba a propósito y a propósito se me negaba, seguramente como venganza porque yo era el propietario de la casa y tenía sobre ella esa forma de poder. Me sentí lleno de furia.

—Tengo que decirle algo —agregué, procurando que la furia no se delatara en mi voz; ella volvió a acercarse, con una expresión entre inquisitiva y al mismo tiempo altanera—. No me puede hacer esto —dije sordamente, y tomándola de un brazo acerqué su cuerpo contra el mío. Busqué sus labios con mi

boca y ella echó la cabeza a un costado, rehuyéndome; con la mano izquierda le aferré los cabellos, cerca de la nuca, y maniobré para que su boca se me ofreciera mientras le rodeaba la espalda con el brazo y la atraía hacia mi cuerpo. Acallé con la boca sus intentos de protesta, apretándole los labios, aunque si ella hubiera querido habría podido gritar pidiendo ayuda; no se entregó, pero luchaba silenciosamente. Cuando me sentí seguro de que no iba a gritar solté mi mano de sus cabellos y le busqué los pechos debajo del sostén, que por la intrusión de mi mano se corrió hacia arriba; forcejeó por liberarse, con los dientes apretados; sólo oí su respiración entrecortada y algún gemido. Noté mi mano húmeda: de sus pechos estaba brotando leche. Cuando logré alcanzar el pezón con la boca y beber de esa leche maravillosamente dulce y fresca, sentí que su cuerpo se aflojaba y que ella ya no ofrecía resistencia. Súbitamente, desapareció aquella furia mía, como si hubiera sido algo ajeno a mí, como una capa que me estuviera envolviendo y que de pronto alguien me hubiera arrancado de un tirón. Tuve la impresión de que una paz misteriosa descendía sobre nosotros como una sustancia casi tangible, como una neblina sutil y bienhechora que nos fuera impregnando y modificándonos.

Quitó mis manos de ella y me apartó. Ella no se movió de su sitio. La miré. Su mirada estaba nueva-

mente baja. Los brazos le colgaban flojos a los costados del cuerpo. Apenas oscilaba ligeramente, al ritmo de una respiración todavía agitada, pero poco a poco se fue aquietando. Yo seguía excitado; pero ya no estaba loco.

—Quiero ver tus ojos —le dije, y movió apenas la cabeza y levantó los párpados. Me miró sin odio pero también sin expresión. No vi lágrimas.

Tendí la mano hacia su mentón, en ademán amistoso, que pedía disculpas y que al mismo tiempo reclamaba su simpatía, pero ella torció nuevamente la cabeza, rechazando la caricia, y volvió a bajar la mirada.

Le rogué, en un susurro, que me perdonara; agregué, luego de un tiempo insoportable de silencio suyo, que no quería perderla. Tampoco respondió; se volvió de espaldas a mí para acomodar el sostén y yo pensé que si comenzaba a caminar, alejándose, no podría evitar seguirla.

A ella no parecía preocuparle el hecho de que pudiera aparecer alguien por sorpresa; pensé que su marido tal vez no estuviera en la casa, o que quizás no existiera tal marido. Tal vez creyera que era yo, y no ella, quien debía estar preocupado; pero, en ese momento, la situación no era tan clara, ya no era tan evidente su papel de víctima. Pero no echó a andar hacia su pieza, como yo creía, sino que se dio vuelta

otra vez hacia mí, sin variar su actitud; y luego volvió a mirarme con la misma expresión, o falta de expresión. Sin embargo, la mirada era profunda, y clara, a pesar del color oscuro de sus ojos.

—Bien —dije—, ¿no podemos ser amigos? —ella meneó lentamente la cabeza—. ¿Nunca me vas a perdonar?

Por fin habló.

—No es por eso —dijo, con una voz sumamente cálida, ligeramente ronca. Luego se volvió otra vez y entonces sí, se fue hacia su cuarto y desapareció tras el género celeste que hacía de cortina.

Traté de serenarme, e intenté descifrar esa frase enigmática al mismo tiempo que me sentía vacilar entre el deseo y el temor de seguirla hasta su cuarto. Apoyé una mano sobre mis ojos; un dolor de cabeza que comenzaba en las sienes se iba extendiendo ahora hacia los ojos y la frente.

—No —respondió, y comenzó otra vez el movimiento de retroceso—. Muchas gracias. No nos falta nada —y ahora sí, su andar se hizo ondulante, provocativo, y lleno de furia la vi pasar bajo la cortina celeste sin que volviera a mirar en mi dirección.

Quedé unos momentos indeciso, tratando de controlar el impulso de seguirla. Di involuntariamente un paso en esa dirección, y de inmediato retrocedí; y al hacerlo noté que las suelas de goma

hacían un ruido de succión. Eso me despertó la curiosidad y me distrajo de la furia; a la luz del encendedor pude advertir lo que debí haber notado antes: el piso de la cocina y aun parte de este pasillo se encontraban parcialmente inundados; el agua venía desde una pileta ubicada cerca del aljibe tapiado que había cumplido funciones de fregadero; la canilla de la pileta goteaba, y el agua se escapaba por una rotura en el caño acodado del desagüe y se extendía por casi todo el piso. Debajo de la mesa, en el centro del patio, había una depresión donde el agua se embolsaba.

Apagué el encendedor, pero un instante antes había advertido una presencia que me produjo un pequeño sobresalto: cerca de la mesa, a pocos metros de mí, con los pies apenas fuera del borde del charco, estaba la hermana fea.

Me miraba con una sonrisa que no tuve tiempo de indagar; el metal del encendedor me estaba quemando los dedos y lo había apagado antes de que la presencia se hubiera hecho del todo consciente, pero tuve la convicción de que la sonrisa debía ser, necesariamente, burlona. Sin duda ella había escuchado la conversación y era muy probable que también hubiera interpretado en la expresión de mi cuerpo, para ella visible, el martirio a que me había sometido su hermana.

—Hola —dijo, con el tono amable y cálido de quien está dispuesto a una larga conversación.

—Hola —respondí, tratando de conseguir un tono amable, mientras la voz interior me decía que allí podía tener una oportunidad de llegar a la mujer que quería poseer a toda costa.

—¿Qué le parece? —dijo—. Estamos embromados. No hay luz y todo se inunda.

—Ya veo —respondí—. ¿Desde cuándo?

—Oh, hace mucho. Desde el invierno, creo —el tono no era de fastidio ni de pesar; parecía que simplemente quería mantener vivo un tema de conversación—. Es una molestia porque tenemos que estar secando a cada rato, pero ahora lo dejamos así, secamos de vez en cuando; estamos cansadas, y para colmo no hay luz.

—No estaba enterado —dije—. Nadie me comentó nada.

—Es que le tienen miedo —yo me había aproximado a ella, y estábamos ahora cerca del primer pasillo, y podía distinguir un poco mejor sus facciones, que no eran ni remotamente parecidas a las de su hermana. Se movió un poco más hacia la zona iluminada por la lamparita del pasillo principal, y ésta le hizo brillar por un momento los ojos, que me miraban como me hubiera gustado que me mirasen aquellos otros, que esta noche no había podido ver.

Dejó escapar una risita—. Pero yo no le tengo miedo —agregó infantilmente—. Yo sabía que usted era un hombre bueno. Aquí le tienen miedo porque se creen que usted es como su padre.

—No sé si seré bueno —respondí, con una sonrisa—. Tengo mis dudas. Pero me disgusta este problema del agua y la luz; voy a ocuparme de que se arregle.

—Tenga cuidado —dijo ella—. Toda la casa está muy mal, y los demás tratarán de aprovecharse. Terminará perdiendo mucho dinero.

—No creo —dije—. De cualquier manera, esto no puede quedar así. Usted sabe —agregué, y eché a andar lentamente por el corredor, y ella me siguió—, en esta casa viví mi infancia. Me gustaría ir acondicionándola, poco a poco. No sólo por el valor material, ¿comprende? —ella asintió, moviendo la cabeza. El corredor no era lo suficientemente ancho como para caminar juntos con comodidad, y ella hacía chocar levemente su cuerpo contra el mío sin mucho apuro por retirarlo luego. Sentí que mi deseo comenzaba a desviarse ahora hacia esta muchacha fea; la fuerza que lo movía, sin embargo, partía ahora más bien de mi lado oscuro, avaro, casi la sombra de mi padre que en este momento vuelvo a percibir fugazmente en la otra pared del pasillo: la sensación de poder, ante la excitación

que yo podía causar en esa muchacha, y el deseo de provocarle a ella el mismo desgarrado sufrimiento que su hermana me provocaba a mí. La tomé del brazo, y nos detuvimos ante el pequeño patio entre dos habitaciones donde estaban esas pertenencias mías—. Esto es lo que queda —añadí— de mi vida en esta casa, unas cuantas cosas amontonadas que ni recuerdo ya qué son.

Por fin habló.

—No es por eso —dijo. Tenía una voz sumamente cálida, ligeramente ronca. Luego se dio vuelta y esta vez, sí, se fue hacia su cuarto, y desapareció tras el género celeste que hacía de cortina. Apoyé la mano sobre mis ojos, tratando de serenarme y comprender. Estaba comenzando a dolerme la cabeza.

—No le haga caso —dijo una voz junto a mí, tomándome completamente por sorpresa. Miré sobresaltado a mi izquierda, y allí estaba la hermana fea. No es exactamente fea por sí misma, sino fea como hermana de la otra. Tiene cabellos rubios casi blancos, un tanto gruesos, y un rostro vulgar pero no desagradable. Es más baja y más gorda que su hermana, pero en sí misma no es exactamente baja ni gorda—. Nadia no está bien de la cabeza —agregó— y usted hizo mal en tratarla así.

—¿Tú viste todo? —pregunté, molesto. Ella afirmó. Después me pareció que me miraba con algo de curiosidad, tal vez con cierta ternura, aunque podía distinguir poco de sus facciones.

—Ella es muy linda, ¿verdad? —dijo con un acento que no quería ser triste.

—No sé —respondí—. Pero a mí me desespera —hablábamos en voz muy baja, y me resultaba incómodo estar allí, como conspirando en la penumbra. Ella estaba casi totalmente en sombras, y a mí me llegaba algo de la luz del pasillo—. ¿No hay algún lugar donde podamos conversar con tranquilidad? —pregunté—. Quisiera que me contaras algunas cosas.

—Venga —dijo, y para mi sorpresa me tomó de la mano. Me llevó por el corredor principal; cerca de la mitad de éste, torció a la derecha, donde se iniciaba ese pequeño corredor que daba a otros sectores de la casa, los que yo apenas recordaba, pero sólo unos pocos pasos; en seguida abrió con dificultad una puertita pequeña de madera que yo no podía recordar adónde conducía; el lugar estaba totalmente oscuro, y ella me hizo señas silenciosas de que la siguiera; tuve que agacharme para poder entrar.

Estaba, allí, mucho más fresco que en el resto de la casa, y el olor era distinto, a humedad encerrada. La sentí buscando algo y por fin vi que encendía

un fósforo, y con él una vela. De inmediato cerró la puertita con un grueso pasador.

A la luz de la vela pude comprobar que el cuartito era muy estrecho, de ese tipo de lugares donde guardan escobas y otros pocos útiles domésticos. Había unos cajones de madera, casilleros de envases apilados, y una serie de bultos indefinidos. Había dispuesto un cajón como asiento y otro, apoyado en el suelo sobre la parte más angosta, hacía de soporte para la vela que estaba pegada a un platito de café.

—Aquí paso mucho tiempo —dijo, con un dejo autocompasivo. Ocupó la mitad del asiento improvisado y me hizo señas de que me sentara junto a ella—. ¿Tiene un cigarrillo? —preguntó. Yo le alcancé uno, haciéndolo asomar de la cajilla, tomé otro para mí y encendí ambos.

Aspiró el humo con el placer de las personas que fuman muy de vez en cuando. Era muy joven; más joven que Nadia. Le pregunté el nombre y me dijo que se llamaba Blanca. Quería preguntarle muchas otras cosas pero ella apoyó una mano en mi pierna y la cabeza en mi hombro, y con algo de automatismo inevitable yo la rodeé con el brazo y apreté su hombro con la mano. También fue inevitable que nos besáramos y que todo aquel erotismo dirigido inicialmente hacia Nadia y frustrado por ella, se volviera ahora hacia Blanca, transformado tal vez en

una pura necesidad fisiológica. Pero no me detuve a pensar; entre caricias desesperadas nos desvestimos a medias y con muy poco romanticismo la poseí, inclinada, de espaldas a mí, sobre ese mismo cajón donde habíamos estado sentados apenas unos minutos. Para ella debió ser muy triste; era virgen, y seguramente había soñado circunstancias bastante más poéticas para su desfloración. Todo fue muy rápido y de inmediato me sentí lleno de culpa, por ella y por mí, y de alguna manera también por Nadia.

Sin embargo, Blanca me miraba sonriente y se arreglaba la ropa con suma tranquilidad. No entiendo en principio esa sonrisa, más preocupado por mi propia culpa, pero luego caigo en la cuenta de que para ella se trata, muy probablemente, del triunfo de la siempre despreciada hermanita fea. Nos sentamos como antes, y volvemos a fumar.

—Ella quedó mal después del parto —dice Blanca, y su alegría se va diluyendo, no tanto por el tema, pienso, sino porque, después de todo, es por Nadia que estamos allí, y de ella estamos hablando. Mientras Blanca habla de su hermana, yo comienzo a sentirme como si de pronto despertara en un lugar desconocido, sin saber cómo he llegado a él; veo danzar ante mí las sombras arrojadas por la llama de la vela y siento espesarse la atmósfera de ese ambiente tan reducido, por el humo de los cigarrillos y por nues-

tro propio aliento: me veo hablando con una desconocida, a quien hace un instante he impregnado con mi semen, acerca de otra desconocida de cuyos pechos he bebido hace unos minutos, y todo esto ocurre en una casa poblada por recuerdos de la infancia, una casa que en mi memoria tenía el tamaño y la importancia de un templo arquetípico; la casa ha revivido al niño que me habitaba y ahora este niño se siente desconcertado, culpable y temeroso.

Trato de sobreponerme a mis fantasmas mientras Blanca habla de Nadia y su historia, mientras el tiempo que va corriendo trata de acumularse rápidamente en mi memoria, creando una ilusión de familiaridad con lo que realmente me rodea; busco en las expresiones de ella algo que me despierte un sentimiento que le dé algún significado a aquel acto vacío, sin contenido. Sin embargo, las expresiones de Blanca, subrayadas por la luz y las sombras creadas por la vela, me la presentan una y otra vez como una insuperable desconocida.

—Oiga —dije, y ella detuvo el movimiento—. No me puede hacer esto —agregué, y tomándola de un brazo acerqué su cuerpo contra el mío; busqué sus labios con mi boca y ella echó la cabeza a un costado rehuyéndome; con la mano izquierda in-

tenté aferrarla de los cabellos para enfrentar nuevamente su boca con la mía, pero ella me empujó con un brazo, mientras movía la cabeza frenéticamente y gritó que la soltara. De inmediato se oyó, como proveniente de su pieza, una voz de hombre, malhumorada, preguntando qué pasaba, y un ruido como si alguien desplazara una mesa o una silla sobre un piso de madera. Asustado, la solté, y ella me miró con furia y se dirigió por el corredor rápidamente hasta su pieza.

—Parece que se metió en un lío —dijo una voz a mi izquierda; tuve un violento sobresalto. Era la hermana fea, quien sin duda había contemplado toda la escena desde la oscuridad del patio—. Ven-ga —añadió, y me tendió una mano. De la pieza donde había entrado la muchacha llegaban voces, de hombre y de mujer, conversando vivamente o discutiendo; temía que ella estuviera contando todo a su marido y que éste saliera en cualquier momento a buscarme.

Seguí a la hermana por el pasillo principal y luego por un recodo en ángulo recto que se abría a nuestra derecha y que llevaba a otro sector de la casa, el que aún no había recorrido; pero a pocos pasos del comienzo de este recodo se detuvo ante una puertita cuya existencia yo no recordaba, la abrió y me empujó hacia el interior de un recinto to-

talmente oscuro; cerró tras ella y oí que corría un pasador.

—Espere un poco —dijo, y sentí que se movía realizando alguna misteriosa actividad. Por fin se oyó un fósforo frotado contra su caja y la mano de la muchacha, iluminada por el fósforo, se acercó fantasmal a una vela que, cuando encendió, me permitió ver que estaba en un cuartito minúsculo, de los que se utilizan habitualmente como depósito. Tenía piso de baldosas y no se advertía ninguna abertura de ventilación. Había unos cajones amontonados y algunos bultos imprecisos. La muchacha se sentó en un cajón; sobre otro, probablemente quitado de una de las pilas, estaba la vela, pegada a un platito de café. Yo no tenía más remedio que permanecer parado. Ella me miró sonriente, como si la situación la divirtiera de un modo especial.

Ahora voy a ver qué pasa por allá —dijo—. Usted quédese aquí, quietito. Yo le aviso si no hay peligro. Es un hombre terrible.

—¿Quién? —pregunté innecesariamente.

—El marido. Es muy celoso. Capaz de cualquier cosa —y rió, burlona, disfrutando con el miedo que yo sentía y probablemente imaginando situaciones posibles en las que podría verme en breve plazo, o tal vez recordando alguna situación similar, con otro hombre. Yo sentí necesidad de justificarme.

—Estoy asustado —dije— porque no tengo razón. Perdí la cabeza.

—Y puede perder algo más, todavía —dijo, y volvió a reír. Era, después de todo, simpática; y logró hacerme sonreír.

—Realmente estoy en un lío —murmuré—. No puedo quedarme aquí indefinidamente.

—No se preocupe; cuando se vayan a dormir, usted sale.

—Pero tengo que seguir cobrando mis alquileres.

Se encogió de hombros e hizo una mueca. No era fea, después de todo, sino que lo parecía en comparación con su hermana. Tenía un cabello rubio ordinario y el cuerpo era pequeño y tal vez demasiado robusto; pero era muy simpática, y las facciones eran agradables, aun a la luz de la vela que con sus bailoteos alteraba las sombras y por momentos hacía aparecer su rostro como una máscara.

—¿Éste es tu escondite? —pregunté, mirando alrededor. Ella afirmó con la cabeza.

—Voy a ver qué pasa —dijo, y se levantó—. Usted cierre con el pasador cuando yo salga. Después me abre; cuando vuelva toco despacito en la puerta.

Abrió con gran cautela y espió el pasillo antes de sacar la cabeza para espiar con más amplitud, hacia un lado y hacia otro. Después salió rápidamente, y antes de cerrar la puerta volvió a hacerme una mueca.

Corrí obedientemente el pasador y me senté luego en el cajón, a esperar. Esperé. Al principio, con gran ansiedad, fumando un cigarrillo tras otro, hasta que advertí que el aire de la piecita se volvía irrespirable. La muchacha demoraba mucho en volver, y yo no podía evitar las cavilaciones y las representaciones imaginarias sobre lo que podría estar ocurriendo, y por momentos llegué hasta percibir el sonido de voces que parecían acercarse por el pasillo, sin que pudiera llegar a saber si habían sido reales o no.

Luego me fui calmando, y empecé a pensar que tal vez ella estuviera prolongando su ausencia deliberadamente, como una forma de broma que, al mismo tiempo, podría implicar un castigo o una venganza; tal vez ella y su hermana estuvieran riéndose de mí. Estuve a punto de desentenderme por completo de ella y de sus instrucciones, levantarme del cajón donde estaba sentado, y descorrer el pasador y salir sin más, como si nada hubiera sucedido; pero por algún motivo no lo hice y seguí allí, esperando.

Noté que la vela se había consumido bastante. La apagué, temiendo que se consumiera por completo antes de que la muchacha volviera, y entonces sonreí, dándome cuenta de que había resuelto seguir esperándola porque abrigaba algún secreto propósito erótico hacia ella. La oscuridad era total; no se

filtraba absolutamente nada de luz por ningún lado. La oscuridad tenía para mí la ventaja de disminuir la sensación de encierro, como si mágicamente se alejaran las paredes que me oprimían. No se filtraba tampoco ningún sonido. Podía escuchar perfectamente el ritmo de mi respiración, y percibía los latidos del pulso en el cuello. No sé si me entredormí, un rato, o si me perdí en alguna ensoñación, hasta que bruscamente hice conciencia de que había transcurrido una cantidad de tiempo desmesurada; me parecía que hacía mucho que estaba encerrado, y encendí la vela y miré el reloj: en realidad sólo había pasado menos de una hora. Pero mi reloj no tenía calendario; ¿no sería ya de madrugada, no habría estado encerrado allí durante casi doce horas? Me pasé una mano por las mejillas; efectivamente, la barba estaba bastante crecida, como después de unas cuantas horas de haberme afeitado. Traté de recordar si me había afeitado esa mañana; nunca lo hago diariamente en forma sistemática, no es algo que haya incorporado como un hábito; y alternativamente me pareció recordar que sí lo había hecho, y que no; podría haber sido el día anterior, incluso la noche anterior.

De todos modos, la muchacha demoraba demasiado. Me propuse salir ya mismo; en todo caso, abrir apenas la puerta y espiar hacia el corredor y escu-

char atentamente lo que pudiera oírse en el resto de la casa. Encendí un cigarrillo. Lo fumé sin moverme de mi lugar. Después tuve la certeza de que la muchacha no iba a regresar nunca, y supe, de un modo vago y hasta con indiferencia, que yo no habría de salir, ya, de allí adentro.

La tomé del brazo, y nos detuvimos ante el pequeño patio entre dos habitaciones, donde estaban esas pertenencias mías.

—Esto es lo que queda —dije— de mi vida en esta casa, unas cuantas cosas amontonadas que ni recuerdo ya qué son.

Sentí que se estremecía al contacto de mi mano sobre su brazo desnudo, y cuando hablé se volvió hacia mí mostrando en la mirada una mayor intensidad. Retiré la mano, asombrado y hasta repugnado de mi propia habilidad para controlarme calculadamente, y seguí fingiendo que no advertía nada de sus emociones y deseos. Tras una breve pausa, me excusé, pretextando que debía continuar con mi cobranza, pero le dije que luego me gustaría poder seguir charlando con ella. La vi decepcionarse, y en seguida reanimarse, y me alejé de ella por el corredor hacia las piezas del frente. Me dirigí a la pieza por donde debí, en realidad, haber comenzado el re-

corrido, de no haber sido desviado por mi ansiedad de ver a la mujer de los fondos: la primera puerta, junto a la cancel. Es la única pieza que da a la calle y la más amplia de todas en este sector, un privilegio que parece adecuado a su ocupante.

Se trata de una mujer madura, con cierto altivo encanto, que se ha esmerado en mantener la pieza pintada, ordenada y limpia, transformada en algo así como un mundo aparte del resto de esa casa ruinosa. Doy unos golpecitos con los nudillos en uno de los vidrios; éstos, si bien cubiertos por unos postigos interiores, dejan escapar unos rayos de luz a través de las juntas. En instantes se descorre un cerrojo y la puerta se abre. Ella me recibe como siempre, con una amable sonrisa, y me hace pasar. Tiene puesto un salto de cama, y al advertirlo me excuso por lo inoportuno de mi visita. Ella responde que no estaba durmiendo, sino leyendo un libro, y señala con el brazo hacia la cama, donde veo encima de una almohada un libro abierto, con el lomo hacia arriba. No alcanzo a leer el título ni distingo claramente la tapa desde esa distancia, aunque sí unos colores llamativos y el formato de lujo. Me pregunta si deseo tomar algo fresco y con un ademán me indica que puedo sentarme en un sillón que está contra la pared, cerca de los pies de la cama, mientras sin esperar respuesta va hasta una pequeña heladera eléctrica.

Comenta que es un día terriblemente caluroso. Me siento en el sillón y agradezco el vaso de refresco que acaba de servirme. Advierto que hoy ha variado por completo su riguroso ritual del pago del alquiler, con respecto a las veces anteriores; más bien parece una atenta anfitriona.

También ella se sienta, a los pies de la cama, y no advierte o finge no advertir que el salto de cama se ha abierto para mostrar las piernas de manera bastante generosa. Me provoca cierto malestar darme cuenta de que la tensión erótica que me han creado las otras dos mujeres ahora me hace percibir a ésta de un modo más favorable que en las veces anteriores. Es, para mi gusto, una mujer demasiado madura, con unos cuantos quilos más que los necesarios y con un trabajo de cosmética demasiado visible en el rostro; sin embargo, hoy sus ojos tienen cierto brillo, y emana de ella una cálida invitación que no sé si será o no el producto exclusivo de tensiones mías.

Desvío los ojos de sus piernas y examino la habitación. Está reciente y primorosamente empapelada con un alegre motivo de florcitas multicolores sobre un fondo claro. Los muebles son de buena calidad. Hay un importante surtido de aparatos, incluyendo la heladerita, y hasta un televisor. Yo solía pensar en ella como en una viuda que tenía un relativo buen pasar, pero ahora me pregunto si no será más bien

una mantenida o una prostituta de categoría. Para disipar mis fantasías comienzo a hablar. La felicito por el estado en que ha logrado mantener la habitación y luego le pido que me señale los inconvenientes que encuentre en la parte del edificio que le corresponde utilizar, pues pienso hacer algunos arreglos. Me dice que está tapado el desagüe del lavatorio, en el cuarto de baño que debe compartir con otros inquilinos, hacia la mitad del pasillo principal; que sale agua sucia por el resumidero del piso. Agrega que había pensado llamar a un plomero por su cuenta, pero que este mes ha tenido muchos gastos. Le digo que yo debo traer de todos modos un plomero para que se ocupe del patio, y quién sabe de cuántas cosas más; todavía no he visto todo. Desde luego, no puedo encarar un arreglo total inmediato, pero estas pequeñas cosas... Dejo la frase sin terminar y me levanto muy trabajosamente del sillón, poniendo en juego una voluntad que trataba de abandonarme; le devuelvo el vaso vacío y le agradezco su gentileza, y ella entonces va hasta el ropero, maniobra como siempre de espaldas a mí en los cajones y extrae una cantidad justa como de costumbre, y me la entrega. Pero he logrado ver en el interior del ropero, sobre el estante que está por encima de los cajones, algunos libros de características similares al que está sobre la almohada; y el que tiene la tapa a la vista es

indudablemente pornográfico. Guardo el dinero en el bolsillo y le tiendo la mano; cada cual retiene la mano del otro un poco más de lo habitual y correcto, mientras ella sonrío y deja que su mirada se vuelva momentáneamente sugestiva. En ese momento adquirí conciencia de su perfume, intenso y dulzón como el de las prostitutas callejeras. Dije sin querer "hasta luego", como estipulando una cita, y maldije en mi interior a la mujer de los fondos, a quien culpaba de la situación equívoca. Crucé el vestíbulo y fui a golpear la puerta de enfrente; la mujer mantuvo su puerta abierta unos instantes más, y luego la cerró suavemente.

En esa pieza vivía un matrimonio de ancianos. Los vidrios de la puerta estaban opacados con pintura negra y no permitían ver si había luz en el interior, pero supuse que si la luz estuviera encendida, algo se filtraría por algún lado. Golpeé muy levemente uno de esos vidrios, como para no despertar a los viejos si estaban durmiendo, y esperé unos instantes, rumiando el disgusto que tenía conmigo mismo. Mi comportamiento, como me sucede a menudo, no terminaba de convencerme; sabía que me hubiera gustado actuar de otra manera con cada una de aquellas mujeres, y que en cada caso me había reprimido por distintos motivos, algunos más o menos lógicos pero otros bastante oscuros. Sabía además que toda mi actuación

estaba como controlada por la sombra de mi padre, tanto en el sentido de la imagen que esa gente se había formado de mí por ser simplemente su heredero, como en el de la imagen que yo conservaba de él y que de diversas formas continuaba ejerciendo sobre mí una autoridad; por momentos me sentía como encajando perfectamente en el molde que él había preparado para mí, y al momento siguiente sentía que mis acciones respondían a mi rebelión contra ese molde, lo cual de todas formas suponía una actuación en torno a esa imagen y no en función de mi propia y libre voluntad.

Percibí en el interior de la pieza la tos del viejo, y como si este sonido me sensibilizara para captar otros, creí escuchar el familiar rumor de un primus encendido. Golpeé un poco más fuerte, y entonces oí un crujido en el piso de madera, y el chasquido de la llave de la luz y, efectivamente, pude ver la claridad de la luz insinuada tras los vidrios insuficientemente opacos. En seguida se abrió la puerta. El viejo me miró, yo creo que sin verme o sin reconocerme. Noté que su rostro estaba demacrado y contraído; parecía todavía mucho más viejo, como si desde mi última visita el mes anterior hubieran pasado en realidad algunos años. Cuando al fin dio señales de reconocerme, me pareció que su expresión de abatimiento se acentuaba aun más.

—Oh, pase, pase —dijo, y me dio pena entrar allí y comparar esa pieza con la que acababa de dejar; mucho más pequeña, casi ruinosa, sin otros muebles que una cama que no llegaba a ser de dos plazas, una mesa de cocina y un banquito. El primus estaba en el suelo. La anciana no estaba allí.

El viejo acomodó como pudo la cama revuelta, miró con temor hacia el primus encendido, como si yo estuviera pescándolo en falta, limpió con la palma de la mano el asiento del taburete y me hizo señas de que me sentara; yo preferí quedar de pie. Le pregunté por su esposa. Me dijo que estaba internada en el hospital. Movié la cabeza con aire desesperanzado y se puso las manos en los bolsillos, como supuse que las tendría antes de que yo golpeará la puerta, y me conmovió esa espera dolorosa y consciente de su inutilidad, a solas en la oscuridad de una pieza.

Sobre el primus había una caldera que comenzaba a echar un tenue vapor por el pico; en la mesa vi un vaso de vidrio medio lleno de yerba, con una bombilla apoyada horizontalmente encima. El viejo me miró por un momento desde su pequeña estatura, como ensimismado o concentrado en su dolor; luego bajó la vista y pareció darse cuenta de la razón de mi presencia allí. Comenzó a buscar en los bolsillos de la camisa, luego en el pantalón y finalmente en el cajoncito de la mesa.

—Déjelo —le dije—. No se preocupe.

Me miró incrédulo; tenía los billetes en la mano, que le temblaba, y seguía ofreciéndomelos. Tuve que repetirle varias veces que no era necesario que me pagara el alquiler; incluso llevé la mano a mi propio bolsillo y le pregunté si necesitaba dinero.

Sacudió la cabeza, siempre incrédulo; no podía hablar. Le apoyé afectuosamente una mano en el hombro y me retiré de allí sin que se dijera una palabra más. Eché a andar de nuevo por aquel pasillo, y cuando la desgraciada lamparita volvió a proyectar en la pared aquella sombra, apoyé el pulgar de la mano derecha en la punta de mi nariz, buscando sin duda en forma inconsciente la reafirmación de que esa punta ganchuda no existía más que en la sombra; y, ya que estaba, le hice a la sombra una cuarta de narices.

Una risita, a mi izquierda, me sobresaltó. La hermana fea me estaba contemplando, muy risueña, refugiada en las sombras tras la abertura del pequeño pasillo que lleva a otro sector del edificio.

—Lo estaba esperando —dijo, y con total falta de respeto me hizo, a su vez, una cuarta de narices; no pude menos que soltar una carcajada.

—Jamás podrías imaginar por qué lo hice —dije, pasando al tuteo. Pero ella no se interesó en absoluto por este misterio, y dijo, en cambio:

—Nadia dice que venga —o, al menos, eso fue lo que entendí. Ella volvió a reír ante mi perplejidad—. Mi hermana, Nadia, dice que venga —aclaró, haciendo resaltar claramente la “a” final de Nadia; y dando por descontado mi inmediato acatamiento de la orden, echó a andar hacia el fondo; desde luego, conmigo a su lado, pero ahora tratábamos de no rozarnos al caminar.

Por fin esa mujer que me martiriza adquiere un nombre. Un nombre poco usual en estas latitudes pero que encuentro perfectamente de acuerdo con ella, aunque no sepa decir por qué.

Una puerta que nunca recordaba que existía, situada entre la abertura de ese pasillo hacia otro sector y lo que he llamado patio, o cocina, y que probablemente no recordaba porque siempre está a oscuras, en ese espacio mal iluminado, se abrió y dejó paso a un hombre de mediana estatura, de lentes cuadrados, vestido con una campera clara, a quien nunca había visto en mi vida. Saludó brevemente al cruzarse con nosotros y no tuve ánimos para detenerlo y averiguar quién era ni, menos aún, para tratar de cobrarle el alquiler. Me sentía muy ansioso por el llamado de Nadia. Pero le pregunté en voz baja a la hermana quién era ese hombre y qué hacía allí.

—Es algo así como el cuñado del que estaba antes, ¿se acuerda? Éste vino hace poco, el otro no está

más. Trabaja en una imprenta o algo por el estilo —informó. La verdad, yo no recordaba al que estaba antes; apenas una vaga memoria de una presencia masculina en esa pieza.

Pasamos por el patio oscuro y entramos al pasillo paralelo; Nadia estaba en la puerta del cuarto, ahora cubierta al menos en parte por un vestido holgado, de color verde claro; se soportaba un poco más que en ropa interior, pero el escote mostraba con bastante generosidad el nacimiento de los pechos que, apretados por el sostén, formaban una línea sombreada que se iba profundizando a medida que descendía, y se cortaba en lo mejor, abruptamente, por el remate horizontal, tirante, del escote.

—Quiero disculparme —dijo sin ningún preámbulo, cuando llegamos a su lado—. Blanquita me contó que usted piensa hacer arreglos en la casa y que usted es muy humano —ahora me miraba con franqueza, sin bajar la vista ni entrecerrar los ojos, y en ellos no encontré nada que pudiera volver a despertarme la ira.

—No se preocupe —le dije—. Estoy empezando a comprender que mi padre debe haber sido mucho más terrible de lo que yo creía. Y parece que todo el mundo me confunde con él.

—Puede ser —dijo ella, y después de una pausa me explicó que me había llamado para invitarme

con algo, pensando que tal vez a esa hora yo todavía no había cenado y que a ellas les había quedado algo de la cena. Su lenguaje no era precisamente culto, pero su manera de ser, sus gestos y movimientos y también la forma de hablar, tenían mucho de una elegancia natural y sencilla. El ofrecimiento me sorprendió, y si en realidad ya sentía hambre, el principal motivo que tenía para aceptarlo era el de prolongar en lo posible el tiempo que pudiera estar junto a ella y buscar por todos los medios una mayor intimidad; sentía que de un modo mágico se me había abierto una puerta a su vida que, minutos antes, me parecía algo imposible de lograr.

Opuse por cortesía alguna resistencia pero me dejé convencer, y ella se metió por debajo de la cortina y la sostuvo levantada para que yo entrara; yo casi no podía soportar las palpitaciones que, no sólo en el pecho sino en todo el cuerpo, me provocaba la idea de entrar allí; esa habitación era una especie de lugar prohibido, dominado por la fantasmagórica presencia de ese marido que yo le había imaginado, necesariamente un ser terrible, como un feroz dragón que guardara el recinto que ocultaba los fabulosos tesoros de la intimidad de esta mujer. La hermana —Blanquita, o Blanca— entró tras de mí. Pero el marido no estaba; sólo vi a la bebita en la cuna.

La pieza era más espaciosa de lo que yo creía,

similar a la de la supuesta viuda, pero aquí reinaba el comprensible desorden resultante de la convivencia de por lo menos dos personas, más los pañales secándose por todas partes —en el respaldo de una silla, en el borde de una mesa, en un alambre enganchado en los postigos de una ventana con mosquetero, abierta a una oscuridad exterior—; advertí, como dato sumamente interesante, que no había cama de matrimonio, sino dos camas de una sola plaza; una de ellas, cerca de la cuna, seguramente la de Nadia; la otra, en el otro extremo de la pieza, el rincón ubicado frente y a la izquierda de la puerta de entrada. Por encima de esta segunda cama, algunas fotos, despegadas de revistas o periódicos, de actores de cine o cantantes de moda; sin duda, la cama de Blanca. Sobre una mesita había una garrafa de supergas con una olla encima, y un espantoso olor a guiso llenaba toda la pieza.

Nadia arrimó una silla y me hizo sentar a la mesa, que tenía pañales colgando de un extremo, apoyada contra la pared de la puerta. Puso un plato ante mí, y sirvió una cucharada de algo oscuro, y luego apareció con una botella de vino y dos vasos.

—Póngase cómodo —dijo Blanca—. ¿Por qué no se quita el saco? Hace calor aquí.

—Estoy bien, gracias —respondí, pero en realidad me sentía muy incómodo, y no sólo por el calor.

Ustedes son verdaderamente muy amables conmigo. Nadia acercó otra silla y se sentó a mi derecha; sirvió vino para ambos. Era tinto, de olor penetrante, y desde ya presentía el dolor ulceroso que me atacaría a la madrugada. Sorprendí una mirada significativa de Nadia a su hermana, y ésta hizo algunos movimientos azarosos por la pieza y finalmente salió; pero tuve la certeza de que no había ido demasiado lejos, y que estaría por ahí escuchando. Nadia tomó unos sorbos de vino, y la acompañé; y cuando habló un momento después su voz se hizo un tanto más ronca, con una suave aspereza que me hizo pensar en el terciopelo, que me dio la misma sensación que dejaría en el paladar y en la garganta un buen vino tinto, espeso.

—Fui mala con usted —dijo, en un tono suave, tal vez tratando de burlar el espionaje de su hermana. Su voz comenzó a producirme un agradable cosquilleo en los genitales—. A su padre le hacía lo mismo —añadió—. Quisiera que me comprenda, aunque a lo mejor como hijo le resulta difícil.

—La comprendo —dije, y me llevé a los labios unas gotas más del tinto. El gusto no era malo, pero era un vino sumamente ordinario, que dejaba como un sedimento ácido en la garganta—. Yo también lo odiaba. Lo odio.

—Que en paz descanse —dijo ella, sin ironía y

hasta con tristeza; probablemente con culpa también. Yo no quería dar un paso en falso, no quería hacer nada que pudiera determinar que aquella puerta mágicamente abierta volviera a cerrarse, pero tampoco podía evitar hablarle de lo que yo sentía.

—Hoy me resultó difícil controlarme —dije. Ella dejó escapar una risa susurrada, ronca, aterciopelada, bebió de su vaso hasta el final y se sirvió otro.

—¿Me perdona?

Nos miramos con una tremenda intensidad, aunque cada uno con su motivo propio; ella, con la expresión exacta de alguien que busca genuinamente un perdón; yo, con la idea fija de poseerla —si fuera posible en ese mismo instante. Tomé, lentamente, de mi vaso de vino, y ella volvió a llenarlo.

—Quisiera —dije, por fin—, pero no puedo —me levanté de la silla y me acerqué a Nadia; me incliné sobre ella y la besé en la boca. No resistió ni respondió. Le hablé al oído, le dije que hacía meses que la deseaba, que no podía resistir más; mis manos comenzaron a recorrer su cuerpo por encima del vestido, y presioné con suavidad sobre aquellos pechos maravillosamente elásticos. Ella se levantó de la silla; tenía una expresión neutra, pero su mirada no había perdido calidez.

—No puede ser —dijo, pero su actitud era ambigua. La abracé y le dije que podía hacerla feliz, darle

todo lo que quisiera, y comenzamos lenta y trabajosamente una lucha silenciosa; ella defendía su cuerpo y sus ropas, que yo trataba de invadir incesantemente con mis manos y con mi cuerpo, que insistía en intentar apretar contra el suyo; pero había como un desgano en su forma de defenderse, y parecía que lo hacía por fórmula, buscando realmente ser derrotada. Seguí hablándole, prometiéndole, y poco a poco ganaba terreno. Sorpresivamente, extendió un brazo y apagó la luz central, con una llave que había en la pared; y permaneció encendido un velador de débil luz que había sobre una mesita junto a la cama de ella. Pero no permitió que la llevara a la cama; sí fue accediendo a que, poco a poco, fuéramos quedando en una rara posición sobre el piso, con los cuerpos torcidos, ni acostados ni sentados, y con las piernas enredadas. No respondía a mis besos ni a mis caricias, pero ya no oponía ninguna resistencia; me dejó hacer lo que quisiera, pero como si ella no estuviera allí. Ni siquiera se le alteró la respiración. La poseí por fin, sobre el piso de madera, apoyando dolorosamente los codos y las rodillas, sin haber podido desvestirnos por completo. Por momentos sentía un intenso placer, pero de inmediato se veía opacado, disminuido, por la conciencia de que ella no participaba. Descubrí que sus pechos tenían leche, y bebí de ellos ávidamente. Buscando provocarle algu-

na reacción le mordí la boca y los hombros, le besé los ojos y el cuello, pero ella no manifestó dolor ni placer. En el momento del orgasmo se me desataron una cantidad de sentimientos desconocidos, doloridos y hermosos, profundos y trágicos.

—Mi amor —le dije, casi en un sollozo. Ella me escupió la cara. Se liberó de mi cuerpo y se vistió, con rapidez pero sin urgencia, y sin ninguna expresión en el rostro. Después salió de la pieza.

Yo también me fui vistiendo, mientras fumaba un cigarrillo. Un poco culpable me acerqué a la cuna, y me sentí aliviado al ver que la bebita dormía, aunque de todos modos desde donde estaba no podría haber visto nada, y era tan pequeña que no sé si hubiera visto realmente cualquier cosa que no estuviera muy cerca suyo. Me fui de la pieza yo también. Alguien había apagado la luz del pasillo pequeño, y debí utilizar el encendedor para llegar hasta el patio y, de allí, al corredor principal, que conservaba como siempre su lamparita amarillenta encendida. Al pasar cerca de la lámpara, la sombra de mi padre surgió nuevamente, ahora sobre la pared de la derecha. No me había limpiado la saliva de la mujer, y ahora sentía que me estaba ardiendo, sobre la mejilla derecha, por debajo del ojo; y tampoco en ese momento quise tocarme ese lugar, porque tenía un curioso sentimiento, mezcla de expiación y de

orgullo, como si se tratara de un estigma religioso. Me miré en el pequeño espejo ubicado encima de la pileta del baño, y no encontré en mi cara ninguna señal visible; pensé en pasarme agua por la mejilla, pero ese raro sentimiento no me lo permitió.

Yo estaba perfectamente vacío, quizás con un matiz de tristeza. Había conseguido lo que quería, o creía querer, pero no estaba satisfecho. En verdad, quería otra cosa, algo muy distinto de ese cuerpo muerto que no sé por qué se me entregó. Había querido, en realidad, algo de su alma junto con su cuerpo; y ahora, que ni siquiera me restaba la furia, me sentía con un desasosiego difícil de explicar, un vacío que temía se llenara en cualquier momento con algo sumamente desagradable. No advertí en la casa ningún signo de actividad. Me pregunté qué estaría haciendo todo el mundo; probablemente durmiendo, aunque para mis hábitos de noctámbulo resultara una idea ridícula. No había rastros de Nadia ni de Blanca. Me resigné a volver a casa, a enfrentar una mala noche en soledad.

La puerta de calle está ubicada sobre una pared lateral, y hay que recorrer luego un senderito en forma de S que atraviesa un jardín descuidado para llegar al portón, junto a la vereda. Cuando cerré la puerta a mis espaldas y hube recorrido unos pocos pasos por el senderito, apareció ante mis ojos una

enorme luna llena, apenas por encima de los techos de las casas bajas del barrio. La visión me golpeó, como una mano que se apoyara con fuerza contra mi pecho. Me detuve, extasiado, y una indecible sensación de alivio comenzó a aflojarme los músculos tensos y sentí que una sonrisa iba creciendo involuntariamente en mi rostro, borrando poco a poco la sensación quemante de aquella saliva. Luego, advertí la silueta, recortada contra la claridad del cielo, de una persona sentada en el muro. Me fui acercando a ella, sin poder apartar los ojos de la luna, y cuando estuve a su lado reconocí a Blanca.

—Te estaba esperando —dijo.

La puerta de calle está ubicada sobre una pared lateral, y hay que recorrer luego un senderito en forma de S que atraviesa un jardín descuidado para llegar al portón, junto a la vereda. Cuando cerré la puerta a mis espaldas y hube recorrido unos pocos pasos por el senderito, apareció ante mis ojos una enorme luna llena, apenas por encima de los techos de las casas bajas del barrio. La visión me golpeó, como una mano que se apoyara con fuerza contra mi pecho. Me detuve, extasiado, y una indecible sensación de alivio comenzó a aflojarme los músculos tensos y sentí que una sonrisa iba creciendo

involuntariamente en mi rostro, borrando poco a poco la sensación quemante de aquella saliva. Ya en la vereda, sentí deseos de caminar contrariando mi costumbre de esperar el ómnibus a pocos pasos de la casa. A pesar de haber vivido varios años allí, nunca había tenido oportunidad, o interés, de explorar los alrededores; de niño ni siquiera se me hubiera ocurrido pensar que algo valía la pena de ser conocido fuera de los límites del fondo de la casa, muy amplio y lleno de plantas y flores, y con algunos árboles. Actualmente ese fondo se había reducido mucho, a unos pocos metros cuadrados; la mayor parte del espacio se había utilizado para construir nuevas habitaciones.

El barrio está mal iluminado; apenas una débil luz de farol de tanto en tanto, con grandes trechos de oscuridad que, ahora, van siendo invadidos por la luz de la luna. Las calles están desiertas y domina una gran quietud. Me siento extrañamente bien, como en un agradable desdoblamiento que me permite observarme disfrutar de la noche. Me percibo a mí mismo como un lago en calma o, más exactamente, como un pez curioso que se aproxima a la superficie del lago. Contemplo fascinado el juego de luz y sombras de esa particular iluminación de la luna, que sugiere en los objetos una dimensionalidad diferente; éstos adquieren la apariencia de una materia

más o menos la misma, con algún mínimo avance de mi parte.

Por momentos me parecía estar persiguiendo a un fantasma: la luz de la luna y la de los faroles callejeros producían curiosos efectos en la figura clara, arrebatándole a veces grandes trozos, añadiéndole otros a veces, según los juegos de luz y sombra, de modo que la figura parecía cambiar de forma; a veces se volvía monstruosa, a veces desaparecía por completo, a veces me parecía ver nítidamente la silueta de una de las hermanas, o de la otra. Cuando desaparecía, oculta por un disfraz de sombras, tenía la impresión de que nunca había existido fuera de mi imaginación, y la soledad de la calle se me hacía angustiosa, como si escondiera tremendos peligros. Luego la figura reaparecía con algún cambio de forma que me hacía pensar que, ahora, se trataba de otra persona que iba por la calle; la que yo había comenzado a seguir se habría metido en alguna casa y yo andaba tras un caminante nocturno que nada tenía que ver con aquellas mujeres. Luego retomaba su forma anterior, y reconocía su manera de caminar y hasta creía individualizar a una de las hermanas. En una oportunidad, una figura idéntica se había formado allá adelante por una combinación de volúmenes iluminados, pero al llegar allí, en lugar de la mujer que parecía haberse detenido

a esperarme, no había nada; y descubrí que ella se me había adelantado mucho más y debí apresurar el paso para conservar al menos la distancia de siempre.

La mujer dobló varias veces, en lo que parecía ser un recorrido caprichoso, tanto a la izquierda como a la derecha; y por fin advertí que cambiaban las características del barrio, que había una mayor iluminación de faroles y que, en fin, nos acercábamos a una zona de mayor actividad, algo como un centro comercial cuya existencia yo desconocía.

La perdí de vista justamente en la cuadra mejor iluminada. Allí había un cine, y en ese momento terminaba la función y las veredas se iban poblando con unas cuantas personas. También había un bar y restaurante, un puesto callejero de diarios y revistas y una parada de taxis. Vi muchas mujeres de vestido claro —nada extraño porque estábamos en pleno verano— pero ninguna de ellas era la que yo había seguido o, por lo menos, entre ellas no estaba ninguna de las dos hermanas. Anduve por esa cuadra de una esquina a otra varias veces, y por fin me decidí a abandonar la persecución y entré al bar-restaurante. La mayoría de las mesas estaban ocupadas, y había cierta algarabía de conversaciones mezcladas; me senté en uno de los bancos altos que había junto al mostrador, aunque para mi gusto estaba demasiado

cerca del fuego de la parrilla, y pedí una porción de carne asada y un vaso de vino.

Comí con avidez, aunque minutos antes no había notado que tuviera hambre. Luego, mientras tomaba lentamente el vino, mi vista se detuvo en el bailoteo de las llamas de la leña que ardía a un costado de la parrilla, para hacer brasas, y por mi mente fueron desfilando sin proponérmelo las imágenes de lo sucedido esa noche; no se trataba de mis habituales monólogos un tanto culpables, tratando de justificar mis actitudes o de encontrarles una explicación, sino de un repaso sereno, por completo desapasionado y nada crítico, como la proyección cinematográfica de un film documental.

Después aparté el plato y cambié la posición del cuerpo, con un codo apoyado en el mostrador, y mientras fumaba un cigarrillo dejé vagar la vista sobre las mesas, las expresiones de la gente que comía o charlaba, el ir y venir de los mozos de habilidad circense hasta que el mozo que me había atendido, desde atrás del mostrador, me preguntó si deseaba alguna otra cosa, ya que mi asiento no estaba generando más utilidades. Pagué, y al levantarme del banco, por un movimiento habitual hice ademán de tantear las llaves que colgaban de mi cinturón, o que más bien debían colgar, pues no las hallé. Tuve un momento de pánico, irracional, hasta

que hice conciencia de que faltaban las llaves y que eso era todo lo que no marchaba. Volví a sentarme y pedí un café. Traté de imaginar lo que podría haber sucedido con mis llaves, y en verdad no me fue muy difícil concluir que habían quedado en la pieza de Nadia, desprendidas sin duda del cinturón en alguno de mis frenéticos movimientos en aquella especie de lucha. Debería volver allá y recuperarlas; seguramente estaban en el piso, no lejos del lugar de la lucha, entre la mesa y el roperito, casi en el rincón de la pieza opuesto al de la ventana. Pero no tenía forma de entrar a esa casa, ya que la llave estaba en ese mismo llavero; podría instalarme cerca de la puerta y esperar que alguien entrara o saliera, pero esa espera podía muy bien llevarme horas, incluso hasta la mañana siguiente; podría, sí, tocar el timbre, pero corría el riesgo de molestar a todo el mundo y aun de ser maltratado; yo no era una persona simpática a esa gente, y desde ese día tenía además dos enemigas seguras, o al menos así lo había entendido. Por otra parte, se me hacía engorroso, o desagradable, volver a aparecer tan pronto por ese sector; tal vez las mujeres ya habían encendido la luz del pasillo y yo tuviera que cruzarme con alguien para entrar en su pieza, o habría alguien además de ellas en la pieza —y fundamentalmente, me confesé, sentía vergüenza de presentarme ante

ellas en ese momento, y más todavía con el tonto motivo de haber perdido las llaves.

Finalmente opté por volver a la casa, porque no se me ocurrió nada mejor, sin mucha esperanza de resolver mi problema; tal vez el azar me ayudara, pero yo no intentaría llamar a la puerta. Tampoco esperaría hasta el amanecer; si las cosas no se resolvían fluidamente, buscaría en el centro una cerrajería con servicio nocturno para entrar a mi apartamento, o bien alquilaría por esa noche una pieza en un hotel, para regresar al día siguiente a la casa a buscar mis llaves. Pagué el café, comprobé que tenía dinero suficiente como para encarar esas soluciones sin inquietudes, y salí a la calle.

Pensé que al salir de esa zona iluminada habría de recuperar la magia del paisaje nocturno, pero ahora la luz de la luna no era tan intensa; el disco lunar parecía mucho más pequeño, lejano y alto; había recorrido un gran trecho en ese escaso tiempo en que lo perdí de vista. Las calles estaban realmente oscuras y se hacía difícil y desagradable caminar por allí. Después de andar un rato me di cuenta de que me había perdido, aunque creía haber vuelto exactamente sobre mis pasos. Lo cierto es que no podía dar con la casa ni tampoco reconocer las calles. Comencé

a inquietarme, pero no tenía más remedio que seguir caminando hasta llegar a algún lugar conocido, aunque fuera hasta aquella parada de taxis que había visto.

Pensé que al salir de esa zona iluminada habría de recuperar la magia del paisaje nocturno, pero ahora la luz de la luna no era tan intensa; el disco lunar parecía mucho más pequeño, lejano y alto. En mi camino de regreso a la casa encontré que todo había vuelto a su opacidad cotidiana, y que incluso las cosas tenían un tinte siniestro, algo más que su propia vulgaridad, como una forma de vulgaridad desafiante, prepotente o burlona. Las sombras parecían contener amenazas secretas, y me movía con inquietud, como temiendo que algo fuera a sobresaltarme en cualquier momento.

Cuando por fin llegué al portón de la casa, me senté un rato en el murito, sin que el azar me facilitara las cosas; fumé un cigarrillo, dejé pasar —para arrepentirme en seguida— un ómnibus solitario que probablemente fuera el único durante mucho tiempo y, luego, mirando hacia la casa, vi que se filtraba algo de luz entre las tablitas inclinadas de los postigos de la ventana a la calle. La ventana correspondía a la pieza ocupada por una mujer a quien había catalogado mentalmente como viuda, una mujer madura, cordial, que cumplía con puntuali-

dad el pago de su alquiler. Tal vez no se molestaría si la llamaba por la ventana y le pedía que me abriera la puerta, explicándole que mis llaves habían quedado adentro. Volví a vacilar. Me imaginé habiendo resuelto el problema de entrar a la casa, pero no podía imaginarme su continuación. ¿Me atrevería a volver a la pieza de Nadia? Si no, ¿para qué había vuelto hasta la casa? Estuve un rato dándole vueltas a esa timidez que no era otra cosa que culpabilidad, y también descubrí que el asunto de las llaves no era la razón principal, sino la excusa, para volver allí; en realidad deseaba ver a Nadia, hablar con ella; no me conformaba con aquella brusca ausencia; quería saber si realmente se había ocultado para no verme, o si había salido por algún motivo; y al mismo tiempo, temía enfrentarla y encontrarme con un rechazo, tanto de parte de ella como de Blanca. En realidad había vuelto en busca de una nueva oportunidad, pero no era la hora apropiada, ni el momento oportuno; después de unos días todo sería más natural y más sencillo. Sin embargo, no lograba desprenderme de allí; incluso pensé que podía entrar —en el caso de que la supuesta viuda estuviera de acuerdo en abrirme la puerta— y, en lugar de ir hacia los fondos, quedarme a dormir en mi colchón, en aquel patio entre dos habitaciones, y recuperar mis llaves al día siguiente.

Por fin decidí probar suerte con esa inquilina de la pieza del frente, y recorrí parte del senderito en S y luego me aparté de él para acercarme a la ventana, cuidando de no pisar las dos plantas con flores que sobrevivían aún en el descuidado jardín. Cuando estuve ante los postigos, la separación entre las tablitas paralelas me permitía ver parcialmente el interior de la pieza; no tenía intenciones de espiar, pero no pude evitarlo, con la excusa de un breve vistazo que me permitiera apreciar si mi llamada sería o no oportuna. Comprobé que, evidentemente, no lo sería: ella estaba acostada, leyendo a la luz de una portátil un libro de tapas chillonas que sostenía en la mano izquierda; su torso desnudo asomaba debajo de la sábana, que estaba corrida hasta la cintura, mientras que la mano derecha se movía lentamente bajo la sábana, con movimientos acariciantes. Noté que mi sombra se recortaba contra los postigos y temí que desde el interior pudiera notarse mi silueta, aunque la luz del farol callejero era muy débil; tampoco quería ser visto por alguien que pudiera pasar por la calle. Me aparté rápidamente y volví a la vereda. Allí sentí de inmediato deseos de volver a la ventana y llamar a la mujer para que me hiciera entrar, no ya para buscar mis llaves sino para estar con ella; pero era un deseo tonto, ya que ella realmente no

me gustaba; simplemente había encendido de nuevo mi imaginación perversa y reactivado mi deseo por Nadia. Sentí en el pecho como una explosión sorda de deseo, angustia y rabia, que se transformó en una puntada de dolor físico. Por fin, desde el murito donde había vuelto a sentarme vi que a lo lejos se acercaba la amarillenta luz de un ómnibus, y pensé que esta vez no lo dejaría pasar de largo, fuera cual fuese su destino.

No tenía intenciones de espiar, pero no pude evitarlo, con la excusa de que un breve vistazo me permitiría apreciar si mi llamada sería o no oportuna. Comprobé que, evidentemente, no lo sería; ella estaba con un hombre, en quien creí reconocer al ocupante de una de las piezas interiores, hacia la mitad del corredor principal. La escena me pareció repugnante y me aparté vivamente de la ventana; al regresar al senderito no puse el mismo cuidado y aplasté con el zapato una de las plantas con flores. Fui hasta la parada del ómnibus, a pocos pasos de la casa, y esperé nerviosamente unos minutos.

Comenzó a invadirme un estado depresivo, en el que también se mezclaban el cansancio y el sueño. Me vinieron ganas de acurrucarme en la vereda, a dormir como un vagabundo, y no lo hice más por

temor que por dignidad. Creo que en la escena atisbada a través de las rendijas de los postigos me había visto en realidad crudamente a mí mismo, en la escena con Nadia, en toda su sordidez. Pero en ese momento no pensaba en nada concreto; sólo percibía el cansancio y el vacío interior, esa clase de soledad en la que uno está divorciado de sí mismo y es incapaz de sentir la vibración de la vida, esa falta de libertad impuesta por una espera obligada, sin nada que hacer ni proyectar.

Nadia acercó otra silla y se sentó a mi derecha; sirvió vino para ambos. Era tinto, de olor penetrante, y desde ya presentía el dolor ulceroso que me atacaría a la madrugada. Sorprendí una mirada significativa de Nadia a su hermana, y ésta hizo algunos movimientos azarosos por la pieza y finalmente salió; pero tuve la certeza de que no había ido demasiado lejos, y que estaría por allí escuchando. Nadia tomó unos sorbos de vino, y la acompañé; y cuando habló un momento después su voz se hizo un tanto más ronca, como aterciopelada, como la misma sensación que dejaría en el paladar y en la garganta un buen vino tinto, espeso, y áspero. Mientras tanto, yo había comenzado a masticar de aquello que había en mi plato y que, después de todo, no tenía tan mal

sabor; pero aunque tenía hambre, sentía el estómago apretado, como cerrado.

—¿Me perdona? —dijo, después de beber de su vaso hasta el final. Esa pregunta me apretó más el estómago. Ella volvió a servirse vino. Mastiqué exhaustivamente el bocado que tenía entre los dientes y lo tragué con verdadero sacrificio; luego tomé, lentamente, el resto de mi vaso de vino, y Nadia volvió a llenarlo.

—Quisiera —dije, por fin—, pero todavía no puedo —la miré a los ojos, y empujé el plato hacia el borde opuesto de la mesa, contra la pared; ella me miraba sin malicia y sin deseo, pero de un modo tal que yo sentía que me estaba acariciando, tal vez con piedad. Era, a todas luces, una situación insostenible; por la existencia de esa bebida y por la actitud de ella, tan llana, yo no podía estallar, violarla, pegarle o hacer volar la mesa por el aire—. Por Dios —dije, con los dientes apretados—, déjeme un rato a solas.

Inclinó la cabeza en señal de comprensión y asentimiento, se levantó y salió de la pieza; oí que sus pasos se alejaban por el pasillo, y luego un total silencio. Bebí lentamente el resto del segundo vaso de vino, mientras el primero ya me estaba produciendo un suave mareo, y advertí con sorpresa que gruesas lágrimas caían sobre la mesa aunque no sentía que

estuviera llorando, con el mismo ruido de los sordos y espaciados goterones de las lluvias de verano. Y a partir de ese hecho mi estado de ánimo comenzó a variar.

Aparté la silla, con cuidado de no hacer ruido, y me puse de pie. Fui hasta la ventana y aspiré profundamente, varias veces, el aire de la noche, bastante más fresco ahora aunque en el interior de la pieza seguía haciendo mucho calor. En el aire descubrí un sutil perfume muy dulce, que podía captarse por momentos; algo similar al perfume de los jazmines, pero no tan dulzón y penetrante. Imaginé que en el exterior, bajo la ventana, habría un cantero o pequeño jardín, y tuve curiosidad por saber de qué flores se trataría, pero el tejido mosquitero no me permitía sacar la cabeza por la ventana y, por otra parte, difícilmente podría haber visto algo en aquella oscuridad. Sin embargo, la memoria me trajo abruptamente una imagen asociada con este aroma: las guías de una enredadera de hojas verde oscuro, formando un toldo abovedado sobre mi cabeza, y multitud de minúsculas florecillas de color lila pálido que asomaban entre las hojas; y curiosamente aparecía yo también en esa imagen, como un niño de cuatro o cinco años. Me hubiera gustado poder seguir explorando la imagen y descubrir otros recuerdos afines, pero así como vino se fue, y no logré hacerla volver

más que como recuerdo de un recuerdo. Me aparté de la ventana.

Me detuve un instante junto a la cuna y observé a la niña que dormía, con un bracito ligeramente levantado, los dedos de la mano como detenidos a medio camino en la acción de cerrar el puño. Luego salí de la pieza y fui por el pasillo hasta el patio, y en la penumbra divisé la silueta de Nadia, sentada en la mesa, con los pies a pocos centímetros por encima del charco. Sentí que todo aquel morboso erotismo dirigido a ella se había disuelto, y en su lugar aparecía un sentimiento agradable y más bien apacible.

—Gracias —le dije, al pasar a su lado, pero no me detuve y continué por el corredor principal. No quería que nada volviera por nada del mundo a reavivar aquel deseo y sus angustias. Pasé junto a la abertura del corredorcito que lleva a otro sector de la construcción, pero miré la hora y me pareció bastante impropia para intentar la cobranza por esos lugares. Unos pasos más allá estaba el baño; entré, y pude comprobar que realmente el agua que uno hacía correr en el lavatorio salía en seguida por la rejilla del piso, y que después de unos minutos el agua era reabsorbida pero dejaba flotando un olor desagradable, y el piso húmedo y con restos de suciedad. Me vi reflejado en un pequeño espejo que había sobre el lavatorio, y noté en mi cara huellas de

cansancio. Sentía tensiones en los hombros y en la espalda, y especialmente en la nuca, como si todos esos músculos trataran de descuartizarme tirando cada uno para un lado distinto, quién sabe por qué motivos propios. Aproveché para indagar en mi imagen especular algún parecido físico con mi padre, y no lo encontré.

En ese momento comenzaba a gestarse en mí una idea, que todavía no era más que una sensación indefinida, como un deseo sin un objetivo nítido. Esa idea se formuló con claridad unos momentos después, cuando abandoné el baño y me dirigía por el corredor hacia la puerta de calle, pensando ir a mi apartamento para regresar aquí al día siguiente, a una hora más apropiada; fue al pasar junto al patiecito donde estaban amontonadas aquellas cosas mías. “Podría quedarme a dormir aquí”, pensé, un poco sorprendido, y aunque algo en mí rechazó de plano la idea con una mueca burlona, de todos modos fui hasta el rincón donde según mis recuerdos se encontraba la llave de la luz y la accioné; pero allí tampoco se encendió la lamparita. De todos modos, la luz que llegaba del pasillo permitía distinguir algunas formas, y encontré fácilmente el colchón enrollado, cubierto por una arpillera. Lo destapé y

puesta, una voz de hombre que masculló sordamente algo sobre una bruja. Quedé mudo unos instantes.

—Soy yo —dije, por fin, procurando no elevar demasiado la voz—. El dueño.

En el interior no se hizo oír ningún ruido durante unos cuantos segundos, y luego se abrió la puerta. Al verlo, recordé a ese hombre de unos treinta años, delgado, de bigotes, y ahora con una barba de tres o cuatro días. Tenía el cabello más bien rubio, y una cara alargada y vulgar.

—Disculpe —dijo, y me hizo entrar. Se veía que había estado en la cama, y que se había puesto apresuradamente unos pantalones. Estaba descalzo, y el cinturón colgaba a los costados sin pasar por la hebilla—. Creía que era otra persona —agregó. Su rostro, como el del viejo, mostraba un paso acelerado del tiempo; pero en él no había tanta desolación como lo que parecía ser una depresión profunda, o un profundo rencor. Tenía grandes ojeras, y los ojos medio desencajados y rojizos; la pieza se veía llena de humo que olía a tabaco negro. La ventanita estaba cerrada.

—Esté cómodo —le dije, señalando la cama; por otra parte no quedaban muchas opciones, ya que la otra posibilidad era una silla enclenque, llena de ropas amontonadas—. Me atreví a llamar porque vi luz, pero sé que la hora es impropia. Puedo volver otro día —dije.

—No —dijo él—. Está bien —no le daban las fuerzas, al parecer, para continuar de pie, y volvió a la cama, donde quedó a medias sentado, un poco recostado contra la almohada que se apoyaba en la pared. Yo quedé parado a los pies de la cama; por un instante me sentí como un médico que visitara a un paciente—. De todos modos, no voy a poder pagarle —añadió, con un tono que no era exactamente desafiante, pero tampoco temeroso; parecía que cualquier cosa le daba lo mismo—. Ni hoy, ni otro día. Quién sabe cuándo.

—Bueno —respondí, con calma, y mi vista cayó sobre un objeto que desentonaba ostentosamente en la sobriedad de la habitación, limpia y con las paredes pintadas al aceite bastante recientemente; pero no había otro mobiliario que la cama turca, una vieja mesa de luz, un roperito y una silla; ningún adorno, ningún estante, ni radio ni calentador ni otra cosa; nada más que un libro, semioculto, de brillantes tapas, asomando entre las ropas amontonadas sobre la silla, como mal escondido. No hacía falta, ni tampoco era posible, leer el título; ese libro no podía pertenecer a nadie más que a “la bruja”, y ésta no podía ser otra que la ocupante de la pieza a la calle. Comencé a hacerme cargo de las razones de la depresión o el rencor de este hombre—. No se preocupe —dije luego—. Son tiempos difíciles.

Pareció no entender del todo mi tranquilidad; me miró con una pequeña variante, auspiciosa, en sus ojos muertos; hubo como una chispa que los cruzara fugazmente. Estiró la mano hacia la mesa de luz, tomó un cigarrillo de una cajilla y, tardíamente, se acordó de extenderla, ofreciéndome uno. Di dos pasos hacia él y tomé el cigarrillo, aunque fumo rubios, para que no lo entendiera como un desprecio, y con mi encendedor le di fuego al de él y luego al mío. Después me senté a los pies de la cama.

—Estoy tratando de hacer reparaciones en la casa —dije—. Comenzando por lo más urgente y necesario. Me gustaría escuchar su opinión, especialmente sobre el sector que usted ocupa.

—¿Reparaciones? —preguntó, como si no comprendiera el significado de la palabra. Yo asentí—. No —dijo luego—. Lo mío está bastante pasable. Yo mismo pinté la pieza, hace tres o cuatro meses. No había humedad.

Asentí nuevamente, y fumamos en silencio unos instantes.

—¿Perdió el trabajo? —pregunté al fin, tratando de quitarle dramatismo a la frase. En verdad, era un hecho habitual en esos días. Sacudió la cabeza, afirmando—. ¿Cuál es su oficio? —volví a preguntar.

—Albañil.

—¿Y sabe algo de plomería?

—Me defiendo.

Le hablé entonces de las reparaciones urgentes que necesitaba el patio; le dije que, si quería, podía empezar al día siguiente. Dejaríamos de lado por el momento el asunto del alquiler, y yo le pagaría los jornales por su trabajo en la casa, mientras se tomaba un tiempo para conseguir otro empleo.

—Le agradezco —me interrumpió, hablando trabajosamente, como si estuviera borracho—. Pero no va a poder ser.

Me puse de pie, y me acerqué al cenicero sobre la mesa de luz. Allí aplasté lentamente el cigarrillo.

—Bueno —dije—. Como quiera —me di vuelta y caminé hasta la puerta—. Es su vida, y no la mía. Pero no me parece que esa mujer merezca un suicidio —abrí la puerta y me volví para saludarlo con un movimiento de cabeza. Vi que se había incorporado y apoyaba los pies en el piso. Me miraba fijamente, y la colilla encendida cayó al suelo y allí la dejó.

—Espere... —dijo, y de pronto su cara adquirió una nítida expresión de odio, que intentó traducir en palabras pero no pudo. Cerré la puerta y me acerqué un paso. Le dije que no había estado averiguando nada y que en realidad no me importaba nada del asunto. Él intentó decir algo acerca de una tal Antonieta, mientras hacía un esfuerzo por ponerse de pie.

—Estuve en la pieza de allá adelante —dije— y vi que esa mujer está en una situación económica muy buena. Después lo vi a usted y saqué conclusiones; nada más. No me interesa la vida privada de mis inquilinos. Pero pensé que podía ayudarlo a salir de esto —agregué, mientras él se dejaba caer nuevamente sentado en el borde de la cama.

Encendió nerviosamente otro cigarrillo, sin convidarme; la colilla del anterior todavía humeaba en una fina columna. Evitando mirarme, dijo algunas cosas con voz apagada; no entendí casi nada de su discurso, salvo algunas palabras sueltas, y volví a tener la impresión, casi la certeza, de que había bebido; sin embargo, no había olor a alcohol. Por mi cuenta fui reconstruyendo imaginariamente la historia que trataba de contarme, un proceso de seducción, calculada y perversa, que finalizó cuando al pobre se le había terminado el dinero; y creí entender que él no era el único y que la pieza del frente era visitada asiduamente por “los otros”. De pronto volvió a mirarme con furia, como si repentinamente cobrara conciencia y se sintiera ridículo, y comprendí que si no me saltaba al cuello era porque físicamente no podía.

—Mire —le dije, tratando de que mi voz sonara lo más pacífica posible—, así no va a llegar a nada bueno. Por si decide empezar el trabajo, aquí tiene

para los primeros gastos —y saqué unos billetes del bolsillo y los dejé en la mesa de luz—. Si quiere, otro día hablamos.

Fui otra vez hasta la puerta, la abrí, lo saludé con la cabeza pero no me estaba mirando; cerré y seguí camino hacia mi patio. Allí me quité el saco y traté de acomodarlo, un poco a tientas, sobre algo más o menos plano. Pensaba dormir vestido, con la camisa y los pantalones, para suplir la falta de sábanas; pero cuando me saqué los zapatos y las medias y me tendí sobre el colchón, noté que los pantalones me hacían sentir incómodo, a causa del cinturón, las llaves y otras cosas que tenía en los bolsillos, y al fin me los quité y los puse doblados encima del saco. Volví a acostarme y me sentí muy cómodo, muy cómodo y muy extraño, como si estuviera viviendo una aventura extraordinaria; pensé en mis viajes a otros países, en las veces que había dormido en hoteles o en casas de gente conocida, a menudo así, en un colchón sobre el piso, y hasta sin colchón; y de esto hacía mucho tiempo, ya me había olvidado en mi rutina actual del gusto de esas aventuras más o menos triviales, de la sensación de vida que me daban; y ahora me sonaba particularmente extraño recuperar ese mismo sabor en mi propia ciudad y en la misma casa que había sido mi casa, donde ahora era un intruso, donde la sombra de mi padre se paseaba

creando temores y rencores hacia mí pero otorgándome, al mismo tiempo, formas de poder que antes no conocía.

Pensé en los signos del poder: negativo, destructor —en el caso de mi padre—, y en cómo podía uno ir variando ese signo para lograr un día, tal vez, hacer algo constructivo con esa casa y con esa gente. “Es probable que esté cometiendo una estupidez tras otra —pensé— y que termine, como dijo Blanca, perdiendo dinero”. Pensé también que probablemente la gente ésa se burlaría de mí a mis espaldas, pero la idea no llegó a molestarme. En verdad, me sentía muy bien; y me fui sumergiendo en el sueño, lentamente, paladeando esa comodidad insólita que sentía, dejando que se arremolinaran y fueran asentándose las imágenes que me habían bombardeado esa noche, en esa casa; entre ellas, reiteradamente, la figura semidesnuda de Nadia, en la escena del pasillo, o la línea que formaban sus pechos apretados; y también paladeaba la voz, ligeramente ronca, aterciopelada, asociada para siempre en mi memoria con un buen vino tinto, aunque el que había tomado era espantoso. Blanca también tenía su lugar, por otras razones —esa espontaneidad, esa amistosa sencillez. Y no quería pensar, todavía, como demorando a propósito un futuro placer, en el ajuste de cuentas con esa prostituta de lujo, la tal Antonieta, si yo po-

día conseguir que el albañil recuperara su trabajo y su dignidad.

Las imágenes fueron distorsionándose, cambiando y cobrando vida y voluntad propias; no habría podido decir si estaba despierto o no, aunque indudablemente dormía; sin embargo, tenía la impresión de que no podía dormir, a causa de una serie de ruidos, entre ellos el de un acordeón, que podría provenir tanto del otro sector del edificio como de un edificio vecino; y pasos que cruzaban este corredor, una y otra vez, personas que entraban y salían de la casa, que se saludaban y se ponían a conversar entre ellas en el corredor; pero las imágenes soñadas no siempre correspondían con lo que pudiera ser la fuente real de esas percepciones y, por fin, llegaron a formarse escenas deliciosamente fantásticas, como por ejemplo aquella en que, al sonido de un acordeón —real o imaginario—, yo me encontraba en cierto momento bailando un vals en las inmediaciones de una estación de metro parisién.

Luego cesaron las relaciones indirectas con lo que pudiera estar ocurriendo en la casa, y soñé que andaba por unas calles un tanto lúgubres, profusamente pobladas de árboles de ramas retorcidas cuyos extremos se encontraban en lo alto, formando como un techo; en el cielo podía ver por momentos una gran luna llena, pálida, que no iluminaba las calles

ni el paisaje; en realidad, no había ninguna fuente visible de iluminación: los faroles callejeros estaban apagados o bien, algunos de ellos, parecían, apenas, como la luna, iluminarse a sí mismos. Advertí que a mi lado caminaba una muchacha, sin saber en qué momento había surgido. "Te estuve esperando", me dijo. Yo no la conocía pero, según descubrí al día siguiente, cuando recordaba el sueño, tenía mucho de Blanca; durante el sueño mismo no lograba identificarla, aunque sabía que se trataba de alguien que yo conocía, pero su presencia estaba impregnada de una carga de pasado, de una memoria antigua, como si la hubiera conocido en un tiempo remoto.

Nuestro andar tomó un rumbo preciso, determinado por ella; me llevaba a un lugar donde, yo sabía, iba a suceder algo, pero no sabía de qué lugar se trataba ni qué cosa podía suceder. Finalmente, ese lugar resultó ser un local, algo similar a un club, con las puertas abiertas, donde había varias personas, en su mayoría jóvenes, en una actitud silenciosa de espera. Algunos estaban en la vereda, otros recostados en el marco de la puerta, otros dispersos en las distintas habitaciones del interior del local, vacías de muebles.

Parecía transcurrir mucho tiempo, y la persona que debía llegar, o aquello que debía suceder, no se manifestaba. Las imágenes se iban diluyendo; yo

había perdido de vista a la muchacha, y al buscarla se producía alguna escena confusa, borrosa, imposible de recordar. Después, no sé si encadenado argumentalmente con éste o no, hubo otro sueño, que habría de recordar en adelante con un sentimiento muy grato, a pesar de que, en su comienzo, me ubicaba en una situación angustiante: yo aparecía en lo alto de un acantilado rocoso, junto al mar, y quedaba sentado, o acostado, en un lugar del cual me parecía imposible salir, rodeado de rocas enormes, afiladas, de bordes irregulares, por las cuales no me atrevía a trepar; la única alternativa sería descender, también muy peligrosamente, hacia el lado del mar; y eso me provocaba una fuerte sensación de vértigo, que me mantenía apoyado en el suelo, sin atreverme siquiera a ponerme de pie. El cielo de color gris plomizo, no exactamente nocturno, parecía una bóveda material, como de papel o cartón.

Esa situación angustiosa no se prolongó mucho tiempo: súbitamente apareció, hacia la izquierda de mi campo visual y viniendo desde algún lugar a mis espaldas, una figura que se movía con gran celeridad: una muchacha de cuerpo esbelto, vestida con ropas livianas y claras, corriendo descalza sobre esas rocas; saltaba de una roca a otra, casi parecía volar. Pasó cerca de donde yo estaba, sin verme; pero luego, al continuar bordeando siempre el contorno del

promontorio, quedó frente a mí; y en ese momento, como escuchando un llamado mudo que yo emitía desde el fondo de mi alma, se detuvo un instante y miró en mi dirección; en realidad no se detuvo, pues ella era esencialmente movimiento, pero no puedo explicar mejor esa pausa, que me recuerda a la de un colibrí que parece suspendido en el aire porque el movimiento de alas es tan rápido que las alas no alcanzan a verse. Supe que ella comprendía todo al primer golpe de vista, y cuando de inmediato retomó su carrera y dejé de verla, pues el camino que seguía la llevaba por detrás de las altas masas rocosas, tuve la certeza de que yo iba a recibir alguna forma de socorro.

Desde luego, más tarde no me fue difícil identificar a Nadia en esta muchacha, aunque en el sueño no era ella, ni tenía tampoco esa carga de pasado de la muchacha del sueño anterior; era más bien, como una quintaesencia de la femineidad, un ser con mucho de mitológico, hada o ninfa o un soplo casi inmaterial con forma de mujer.

Al tiempo, advertí que aquel cielo acartonado pareció como moverse en un lugar, como arrugarse, y se formó allí un círculo perfecto, con la misma materia, por así decirlo, de que estaba hecho el cielo; como si fuera realmente de papel, y alguien hubiera impreso el contorno de un anillo haciendo presión

sobre él, y sentí que allí había una respuesta; me invadió una extraordinaria sensación de paz; supe que me había salvado. Y se borraron rápidamente todas las imágenes y no recuerdo haber seguido soñando.

Más tarde, después de un tiempo imposible de calcular, pero subjetivamente muy largo, fui sacado de mi plácido reposo por una especie de graznido que se empeñaba por traerme de vuelta a este mundo. Abrí los ojos, y de inmediato los volví a cerrar; había una visión espantosa, a los pies del colchón: la misma Muerte, un poco inclinada hacia mí, con una vela en la mano. Repetía una y otra vez: “¿Quién es usted? ¿Quién es? ¿Qué hace allí?”, con una voz chillona, desafinada, hiriente. La voz tenía un acento extranjero, y a pesar del terror que estaba sintiendo, con los pelos erizados sobre la nuca y un sudor frío que me bajaba por la frente, razoné que, desde luego, la Muerte sólo podía ser extranjera. En ese momento no tenía la menor noción de dónde estaba yo; evidentemente no era mi cama, ni mi cuarto; ni tampoco, probablemente, la tierra. Abrí otra vez los ojos, y enfrenté dificultosamente esa visión. Era una vieja pequeña, flaca, de ropaje negro, colgante, el pelo gris, despeinado en difusas mechadas o flotantes; un ojo completamente desviado, que apuntaba, tal vez ciego, hacia cualquier lado, y el otro que me miraba fija, penetrantemente, mientras los

labios delgados, casi inexistentes, seguían moviéndose con velocidad al ritmo de sus preguntas machacantes. Después de unos segundos pude recordar dónde estaba y, al fin, responder. Me incorporé a medias, apoyado en los codos.

—Soy el dueño de esta casa —respondí.

—¡Mentira! ¿Quién es usted? ¿Quién es? ¿Qué hace allí?

—¡Soy el dueño! —clamé.

—El dueño murió. Usted miente. ¿Quién es, quién es, quién es?

—Escuche —dije, suavizando la voz—. Soy el dueño de casa; mi padre, el dueño anterior, murió hace unos meses. Yo quedé con esta casa, soy el heredero, el único hijo, el dueño —y, por supuesto, en ese momento reconocí a esa viejecita que a la luz de la vela parecía bambolearse y flotar entre las sombras que le ocultaban los pies—. Vaya a dormir tranquila, doña Sara. Es hora de dormir.

Unos pasos apresurados se escucharon desde el corredor y apareció uno de los judíos que vivían en el otro sector, uno de los hijos de la vieja.

—Venga, mamá, venga —dijo, y luego se dirigió hacia mí—. Disculpe, señor. A veces hace estas cosas —y se la llevó, suavemente, del brazo, mientras ella insistía en preguntar quién era yo y el hijo le hablaba en *yiddish*, en voz baja.

—Mierda —murmuré, y terminé de levantarme. No pensaba volver a acostarme allí, al menos por un buen rato; todavía sentía palpitaciones y tenía la respiración agitada. Pensé en tomar un vaso de agua, o en salir a dar una vuelta por el barrio. Mientras me ponía los pantalones, el llavero se desprendió del cinturón y cayó al suelo: oí cómo se abría un resorte, con el golpe, y las llaves caían dispersas; y una de ellas, al caer, produjo un sonido acuático.

A la luz de la llama del encendedor pude rescatar el llavero y algunas llaves; me faltaron dos. Y al agacharme para buscarlas descubrí que debajo de lo que debería ser un roperito, también tapado con arpilleras, había un gran charco de agua. Me pareció algo inexplicable, porque no creía que por esa parte de la casa pasara ningún caño; y estábamos muy lejos del patio inundado como para que el agua, en tan corto tiempo, hubiese avanzado por el pasillo hasta llegar allí. Metí con repugnancia la mano derecha en el charco, y encontré un objeto metálico, muy pesado para su escaso tamaño; lo saqué y lo deposité sobre la parte seca del piso, y volví a meter la mano, haciendo que mis dedos recorrieran las baldosas mojadas y resbaladizas, como si debajo del agua hubiese alguna capa de grasa o de musgo. Encontré la llave, y junto a ella, otro objeto, más bien escurridizo; al extraerlo lo individualicé de inmediato como una bolita de vi-

drio, aunque de mayor tamaño que las comunes, probablemente de las que llamábamos, de niños, “bochones”. Dejé apagado el encendedor, cuya guarnición metálica ya me quemaba la mano, y seguí tanteando el piso hasta que por fin, sobre una parte seca, casi debajo de algunos envoltorios apoyados contra la pared, encontré la otra llave. Me limpié los dedos mojados frotándolos contra una de las arpilleras que cubrían el ropero, pero seguía con una sensación de suciedad, y salí a la luz del pasillo con el llavero, las llaves y los objetos encontrados, para armar de nuevo el llavero y para ver qué era ese objeto metálico.

Se trataba de un elefantito de plata, o plateado, que yo conocía muy bien pero que había olvidado hacía años. Posiblemente perteneciera a mis abuelos, y alguna vez me lo habían dado, desaprensivamente, para jugar; y durante mucho tiempo había formado parte de una valiosa colección de tesoros infantiles, junto a una caja llena de vidrios de colores que yo llamaba “piedras preciosas” y otros objetos que ahora no recordaba pero que ansié encontrar lo antes posible. Tenía idea de que el elefantito era de plata auténtica, maciza, aunque ahora me parecía demasiado pesado para que lo fuera realmente; de todos modos, verlo me hizo sentir muy bien, me hizo olvidar de los terrores que me había provocado la maldita vieja y me despejó por completo la mente.

También reconocí el “bochón”; era una bolita que, a pesar de sus defectos —o quién sabe si no fue precisamente a causa de ellos, que la individualizaban y hacían de ella algo único—, había sido “mi favorita”. Era de color rojo oscuro, vetado por líneas blancas y verdosas; nunca había sido perfectamente esférica y tenía, además, unas picaduras como si el vidrio hubiese sido golpeado con un objeto puntiagudo. Fui hasta el baño, pensando en lavar esos objetos que habían estado en el agua sucia, y también mis manos; pero la puerta estaba cerrada y había luz en el interior, que se percibía a través de los cristales esmerilados. Seguí, entonces, hacia el patio, decidido a meterme en el otro charco, para usar el agua de la canilla que goteaba.

Aunque cuidaba de no hacer ruido, pues no se me había ocurrido mirar el reloj y no tenía la más remota idea de la hora, pero sospechaba que casi todo el mundo estaría durmiendo, mis zapatos hicieron repetidas veces el ruido de succión al separarse la suela del piso encharcado. Un poco de memoria, pero con la ayuda de la luz de ambos pasillos, que seguían encendidas, fui hasta la pileta y abrí la canilla. De inmediato comenzó a fluir el agua, pero no sólo de la canilla sino también, a continuación, del caño roto que desaguaba en la grasera; todo el agua salía por allí, y con cierta fuerza, así que me apresuré

a lavar las llaves, los otros objetos y mis manos antes de agravar demasiado la inundación y de que mis pantalones se salpicaran al punto de arruinarse.

Mientras estaba en esa operación escuché sonidos que me fueron despertando la curiosidad y, afinando la percepción, descubrí que eran unos gruñidos sordos, unos jadeos, algo como dos o tres tipos distintos de lamentos que se mezclaban y, de tanto en tanto, un sonido seco, no muy fuerte, de algo que golpeaba. Cerré la canilla y, mientras secaba las cosas con el pañuelo, seguía percibiendo cada vez con mayor nitidez esos ruidos. Me pareció que provenían, a través del pasillo pequeño, de la pieza de Nadia.

Me fui acercando por ese pasillo lenta y silenciosamente, y a poco comenzó a hacerse oír otro sonido, algo como una queja de bebé, y casi en seguida el clásico llantito del bebé que despierta con hambre. En esa etapa, el llanto es agradable, casi un canto, como notas musicales, más bien un llamado melodioso; sólo después habría de transformarse en un auténtico llanto, si nadie lo atendía, hasta llegar a la rabieta. Los otros sonidos se hicieron un poco más apresurados e intensos, como si ya no se tratara de silenciarlos en la misma medida. No pude resistir la curiosidad y guardé las cosas en el bolsillo izquierdo del saco, puse las llaves en el llavero y prendí éste al cinturón, y me aproximé cautelosamente a la puerta

cubierta por el género celeste; habían apagado la luz central, pero la de una portátil iluminaba lo suficiente como para poder contemplar la escena fascinante, al levantar con cuidado una punta del género y atisbar a través de uno de los vidrios de la puerta, que estaba cerrada pero carecía de postigos.

Alguien yacía en la cama de Blanca; probablemente, ella misma. Otra mujer, casi de espaldas a mí, estaba sentada sobre las nalgas de quien yacía, y desde esa cómoda posición le pegaba en la espalda con algo que parecía ser un cinturón de cuero. Por la posición de los brazos y por la forma de los movimientos del cuerpo, muy limitados, imaginé que quien yo pensaba que era Blanca estaba atada, de brazos y piernas, a las patas de la cama. Era ella quien dejaba escapar esas quejas sordas, como lejanas, y supe también que tendría una mordaza, o un trapo metido en la boca. Los jadeos correspondían a la otra, la castigadora, y me resistía a creer que se tratara de mi anhelada Nadia; ésta se movía, en cuclillas, frotándose contra el cuerpo de la otra. El llantito de la beba había cesado.

La visión de esa escena me produjo de inmediato una excitación furiosa, incontrolable; sentí que mi sexo me producía dolor al chocar con la presión de mis ropas; sin darme oportunidad de pensar lo que hacía, me metí por debajo del género celeste

y abrí la puerta, que hizo un chirrido desagradable, y al entrar abruptamente en la pieza vi que Nadia se sobresaltaba, vuelta hacia mí con cara de espanto. Me acerqué a la cama. Nadia giró el cuerpo y lo retiró hacia un costado, contra la pared, y avanzó gateando por la cama hasta quedar atrapada en el rincón formado por las dos paredes; quedó de rodillas, tapándose los pechos con los brazos, y me miraba con expresión de terror y de odio. Liberé mi sexo, bajando el cierre metálico del pantalón, y me eché sobre el cuerpo de Blanca, quien se debatía con ese escaso margen que le permitían las ataduras; tenía la cabeza girada hacia la izquierda, la cara casi pegada a una rodilla de Nadia; los cabellos le tapaban la mitad inferior de la cara, pero yo podía ver su ojo izquierdo, que forzaba en mi dirección, y mientras la poseía febrilmente no lograba evadirme de la sensación quemante, aguda, de esa mirada acusadora, por más que cerrara los ojos o bajara la cabeza, apoyándola entre su cuello y su hombro.

Nadia había cobrado coraje y me empujaba el hombro izquierdo, tratando de apartarme; también sentí unos golpes en la cabeza y arañazos en el cuello y la espalda, pero era incapaz de sentir dolor; maniobré apenas con el brazo izquierdo, para entretejer sus manos en un pequeño forcejeo, hasta que, pronto, llegó el orgasmo. Nadia cesó de hostiarme

y también Blanca se quedó quieta, aunque agitada por convulsiones. Tardé unos instantes en darme cuenta de que la bebita estaba llorando, en plena rabia, quién sabe desde cuándo. Busqué con la mano izquierda en la boca de Blanca y allí encontré, efectivamente, un pañuelo metido, hecho una bola, y se lo quité. Ella llenó de inmediato los pulmones de aire, y luego se echó a llorar convulsivamente. Me incorporé, me acomodé la ropa y, mientras me dedicaba a desatar a la muchacha, le dije a Nadia que se ocupara de su hija. Ella me obedeció.

Blanca, cuando se vio liberada, intentó volverse y acostarse sobre su espalda pero, con un gesto de dolor, desistió; y en cambio se apoyó en las manos y fue torciendo el cuerpo trabajosamente hasta quedar sentada; la luz de la veladora le dio directamente sobre la espalda y pude ver las rojas marcas de los golpes. Apoyó luego el mentón en sus rodillas, que rodeaba con los brazos, sin preocuparse mayormente por la desnudez de su pecho; la respiración se le iba normalizando, pero todavía las lágrimas seguían mojándole la cara, y tenía la mirada perdida, como fijada mucho más allá de la pared enfrente. Nadia se había echado una frazada de su propia cama alrededor del cuerpo y, sentada en una de las sillas, junto a la mesa, amamantaba tranquilamente a su hija. Yo me senté en otra silla, próxima a la cabecera

de la cama de Blanca, y me quedé mirando un rato a la muchacha, pensando qué cosa podría decirle porque, en verdad, me sentía muy culpable; pero no se me ocurrió nada, o más bien se me ocurrió una cantidad de cosas que fui desechando por estúpidas o vanas.

Sin embargo, ni la culpa ni el mismo acto irreflexivo que la había generado conseguían extinguir por completo mi deseo; habría necesitado volver a poseerla, ahora con menos urgencia, buscando un placer más prolongado; pero yo ya no estaba dominado por aquella furia ciega, y comprendía perfectamente su estado dolorido de humillación, el miedo y la rabia que seguramente había sentido con esa violación inesperada; no estaba tan seguro, en cambio, de la índole, voluntaria o no, de su participación en aquel acto con su hermana; ni de si ello habría significado también una experiencia desagradable en sí misma, o sólo a partir de mi presencia. Espontáneamente llevé la mano a su cabeza y le acaricié los cabellos. Eso no la molestó, pero tampoco hizo que variara en lo más mínimo su actitud. Me sentí incómodo, con la absurda sensación de estar en un velorio; exactamente, en el velorio de una persona desconocida, y rodeado de deudos desconocidos. Cualquier cosa que hiciera quedaría mal, fuera de lugar, como forzada; ni siquiera me animaba a le-

vantarme de la silla y salir de la pieza; esperaba algo, no sé qué, algo que nos reintegrara mágicamente la dignidad a todos. Tal vez habría recibido con alivio que alguna de ellas me echara de allí, o me insultara, o me aplicara alguna forma de castigo menos cruel que ese silencio.

Un fuerte chasquido me hizo mirar en dirección de Nadia: Paula, dormida, había dejado escapar el pezón. Me sorprendió descubrir que la sonrisa de Nadia no se desvanecía al quitar de su hija la mirada y dirigirla a mí, y más me sorprendió que esa mirada no se desviara de mis ojos; ya no había miedo ni odio en ella, sino un creciente y despiadado erotismo. Tan fuerte, que cerré los ojos por un momento y sentí como un mareo o vértigo gozoso, pero multiplicado en infinitud de direcciones que se ramificaban, cada una de ellas con distintos matices. Abrí los ojos y vi que ella seguía mirándome con igual intensidad. Entonces hice un gesto interrogativo señalando a Blanca, como preguntando qué podíamos hacer con ella allí, y en ese estado. Nadia respondió señalando de modo casi imperceptible, con apenas un movimiento de sus ojos, la puerta de la habitación. Entendí que debía salir y esperarla, y entonces sí tuve fuerzas para levantarme de la silla. Volví a acariciar la cabeza de Blanca, quien siguió inmutable, aunque advertí que ya no tenía lágrimas

y que si bien su mirada seguía como explorando el infinito, en realidad no parecía ya extraviada, o en estado de estupor, sino que mostraba ahora una deliberación empecinada de conservar su inmovilidad y su silencio rencoroso; había cuadrado el mentón, y los ojos ahora tenían un brillo de vitalidad. Dejé de preocuparme, pues, por ella, y salí de la pieza. Tras una breve vacilación opté por instalarme sentado en la mesa del patio, en el mismo lugar —frente a la abertura donde desembocaba el corredor principal— en que había estado sentada Nadia hacía un tiempo para mí incalculable.

Ella me hizo esperar un buen rato. Fumé varios cigarrillos, consumido por la ansiedad; pero ya mi urgencia había cambiado de signo, o de objetivo; ya no se trataba de un imperativo físico de posesión inmediata de su cuerpo, sino de la necesidad, mucho mayor, de establecer con ella una relación prolongada, de vivir con ella la aventura del descubrimiento mutuo, de ir develando y realizando poco a poco, hasta alcanzar la plenitud, las formas de aquel erotismo presente en su mirada, que parecía infinito, inagotable. Pensé varias veces en volver a su pieza; temía haber comprendido mal aquel lenguaje de gestos mínimos, imaginé que esa espera era el castigo que me había impuesto, y una cantidad de cosas más que daban vueltas en torbellino por mi

mente; y en el centro de ese torbellino estaba el ojo acusador de Blanca, que se volvía, con esfuerzo, una y otra vez hacia mí.

Al fin, vi aparecer a Nadia, envuelta en su frazada, surgiendo como una sombra desde el pequeño pasillo, sin que el menor sonido la hubiera anunciado. Dejé la mesa y fui hacia ella; nos abrazamos en la mitad del patio, en la zona de oscuridad más densa, y después me llevó de la mano nuevamente por el pasillo; al pasar ante su pieza no se detuvo, sino que me hizo seguirla hasta aquella otra, al final de ese pasillo. Abrió la puerta con mucho cuidado, y logró hacerlo en completo silencio. No encendió la luz. Allí dentro estaba oscuro, pero a través de la banderola entraba algo de la luz de afuera, y después de cerrarse la puerta, mis ojos no tardaron en acostumbrarse a la penumbra. Pude advertir entonces que esa pieza estaba completamente vacía; ni siquiera había lamparita en el portalámparas que colgaba desde el centro del cielorraso.

Nadia se quitó la frazada que la cubría, y la dispuso en el piso de madera a modo de colchón; al hacerlo, vi que había vuelto a ponerse, no sé si como forma de expiación, de homenaje o por simple coquetería, la misma ropa interior que tenía puesta cuando la vi esa tarde por vez primera, lavando los platos.

La visión de esa escena me produjo de inmediato una excitación furiosa, incontrolable; sentí que mi sexo me producía dolor al chocar con la presión de mis ropas; tuve el impulso de entrar abruptamente en la pieza y arrojarme sobre ambas mujeres, pero en la escena había también algo, imposible de explicar, que me impuso una inmovilidad idiota, hechizada, como una completa parálisis. Como en aquella visión que había tenido de Nadia esa tarde, cuando se había acercado a mí cubierta apenas por una ropa íntima para alcanzarme el dinero, allí había mucho más para imaginar que para ver realmente, y aunque en ese momento yo no fuera consciente de ningún pensamiento, me supongo aprisionado por el encanto perverso de mi papel de *voyeur*, de observador inadvertido que paladea el placer concreto de la transgresión, más que el dudoso erotismo del espectáculo; el hecho de que fuera un espectáculo prohibido, de que mi presencia, si fuese advertida, les impondría a ellas un sentimiento de humillación; en suma, el estúpido goce de una sensación de poder sin ninguna base real. Algo de esto debí percibir, sin embargo, pues me cruzó en aquel momento por la mente la imagen de algunos seres que yo despreciaba, a quienes más de una vez había visto rondando

sigilosamente cerca de los postigos de ciertas casas de citas; y no sé si fue esta imagen, o cualquier otra cosa surgida de aquel caos que tenía en la mente, lo que agudizaba la angustia y el sufrimiento que se entremezclaban con algunas sensaciones placenteras. Noté que mi respiración se había hecho entrecortada, como adaptándose al ritmo de los jadeos y las sordas quejas, y probablemente estuviera sintiendo en mí mismo el dolor de los golpes del cinturón sobre aquella espalda, junto con el placer del sexo que se frotaba contra aquella carne; y mi transgresión se sumaba, o más bien se potenciaba, como en un juego de espejos, con la transgresión de ellas; era la visión prohibida de un acto prohibido. Sé que en algún momento desvié la vista de la escena, para mirar hacia un lado y otro del pasillo, espantado por la idea de que alguien estuviera a su vez observándome, creando una dimensión más en el juego de las prohibiciones vulneradas.

No sé cuánto tiempo más habría seguido en mi contemplación hechizada si Paula, la bebita, no hubiera pronto retomado aquel llanto que tal vez había interrumpido vencida por el sueño; ahora más acuciada por el hambre, fue llegando rápidamente a la rabieta desesperada, y desesperante. Eso, no lo pude soportar; por sí misma, porque era capaz de comunicarme insoportables niveles de angustia, y sobre

todo porque deshacía el velo fantasmagórico, en cierto sentido exquisito, creado por las figuras mal iluminadas por el velador, donde apenas si se distinguían, o casi adivinaban, algunas curvas femeninas, y por aquel ritmo mágico de quejas, restallidos y jadeos, introduciendo un elemento si se quiere más real, y la idea de hambre, y la piedad por su abandono desconsolado. Ese llanto llevó mis percepciones de la escena a lo que, creo, era su dimensión verdadera —la dimensión de una pequeña, intrascendente sordidez. Dejé caer la cortina celeste y me alejé rápidamente por el pasillo; luego de atravesar el patio inundado, proseguí por el corredor principal, y allí sentía como que el llanto rabioso de Paula me perseguía, me iba empujando fuera de esa casa con una violencia que no admitía discusión.

Era ella quien dejaba escapar esas quejas sordas, como lejanas, y supuse también que tendría una mordaza o un trapo en la boca. Los jadeos correspondían a la otra, la castigadora, y me resistía a creer que fuera mi anhelada Nadia; ésta se movía, en cuclillas, frotándose contra el cuerpo de la otra. El llantito de la nena cesó durante unos instantes, y luego recommenzó, advirtiéndose en él una nota ligeramente distinta, que presagiaba una in-

tensidad mucho mayor. Entonces me decidí, abrí la puerta y entré.

Cerré a mis espaldas. Ellas no advirtieron mi presencia hasta que estuve muy cerca; las reconocí, y dije “Nadia”. Entonces ella se sobresaltó y dio vuelta la cabeza con violencia, para mirarme furiosa. Estaba magnífica en su desnudez. El pezón derecho mostraba una gota de leche retenida entre sus grietas. Pero el rostro estaba transfigurado, y no como uno podía esperar, en un rictus diabólico o perverso, sino como en un éxtasis místico; parecía rodeada como por un halo de santidad. La mirada, en cambio, era mortífera, pero estaba dirigida exclusivamente a mí, y a mi interrupción de tan particular intimidad.

—Paula tiene hambre —dije, suavemente, y arriqué una silla a la cama y me senté. Ya no deseaba poseer a Nadia, pero contemplarla me producía un placer casi diría espiritual. Mi sexo se mantenía curiosamente ajeno a la escena. No sé qué fue, si mi voz o lo que dije, si mi acción de sentarme allí o la naturalidad con que lo había hecho, lo que tuvo el resultado de disolver la furia en la mirada de ella; sus ojos negros se pusieron poco a poco de acuerdo con el resto de su expresión mística. Nos miramos a los ojos infinitamente, durante un tiempo que pareció trascender el tiempo cotidiano, y sé que nos dijimos

muchas cosas, inexpresables de otra forma: tal vez nos dijéramos todo.

Después ella se levantó, con movimientos naturales y elegantes, y fue hasta la cuna y tomó a la niña en brazos. Yo me ocupé de Blanca. Efectivamente, estaba atada, con unas piolas más bien delgadas pero que se hundían dolorosamente en la carne si uno intentaba romperlas tironeando, y como los nudos eran muy difíciles de desatar opté por quemar los hilos con un cigarrillo que había encendido, y cuidé luego de apagar las puntas apretándolas entre los dedos. Busqué su boca, que miraba a la pared, opuesta a mí, y extraje un pañuelo hecho una bola. Ella ya no se quejaba, pero respiraba ruidosamente, como en sollozos cortados. Nadia se sentó en el borde de la cama, con la bebida gozosamente prendida del pezón izquierdo, y miraba a su hija con gran ternura.

Aquello había sido, para mi gusto, más una parodia de una relación homosexual que otra cosa; el cinturón no había, en realidad, producido ningún tipo de heridas, apenas unas marcas rosadas en la espalda de Blanca evidencia de un daño más moral que físico. Luego, Blanca, se fue incorporando y se sentó, abrazándose las rodillas, y pude ver esos pechos que eran como los había imaginado, un tanto demasiado obesos, un poco demasiado caídos. Estaba seria, y con la cara empapada en lágrimas, aunque

ya había dejado de sollozar; y miraba frente a ella, a nada concreto. Nadia cambió a la niña para el otro pecho y, siempre con naturalidad, se levantó de la cama y se acercó a Blanca, y le aproximó a los labios el pezón izquierdo. Blanca estiró el cuello y los labios, y bebió unas gotas de leche. “¿Y yo?”, pregunté, cuando Nadia se retiraba y amagaba volver a sentarse. Ella sonrió, y acercó su pecho también a mis labios. Luego me fue imposible revivir ese instante, que pareció sustraerme de mí mismo, del tiempo y del espacio; algo completamente inasible para los sentidos, las emociones y la memoria.

Después, Nadia devolvió la niña a su cuna y sin más trámite fue hasta su cama y se tendió, se tapó con una sábana, se dio vuelta hacia la pared, y estoy seguro de que en un minuto ya dormía. Estuvimos un rato en silencio, Blanca y yo, sin mirarnos; yo ni siquiera pensaba que debía decir algo. Un rato más tarde, cuando pareció completarse el misterioso ciclo de ensimismamiento que nos afectaba a ambos, coincidió que ella girara su cabeza para mirarme y que yo separara los labios para iniciar una conversación; se me había ocurrido preguntarle, por una genuina curiosidad humana, cuál era la razón de que hiciera aquello con Nadia; si, en verdad, era algo que realmente le gustaba. Ella sacudió violentamente la cabeza. Me dijo que Nadia la obligaba, con amena-

zas, como por ejemplo dejarla sin comer; o, más a menudo, con súplicas, jurándole siempre que era la última vez... Había empezado, según Blanca, después del nacimiento de Paula. A ella le parecía que Nadia había quedado mal de la cabeza con el parto, aunque en todo lo demás tenía un comportamiento más o menos normal. Dijo también que estos juegos se estaban haciendo demasiado frecuentes en las últimas semanas. Pregunté, naturalmente, por el padre de Paula; yo pensaba en un embarazo probablemente no deseado, que había culminado en una ruptura y el consiguiente rechazo de Nadia por los hombres, ante el temor de fracasar otra vez, o quedar otra vez embarazada. La sorprendente respuesta de Blanca fue que no sabía nada acerca de ese hombre.

—No sé —dijo—. Nadie sabe. Yo misma ni siquiera supe que saliera con alguien. Cuando me dijo que estaba embarazada y que quería tener el hijo, no lo creí, hasta que vi cómo le iba creciendo la barriga.

Aceptó uno de mis cigarrillos, y encendí también uno para mí. Fumamos un rato en silencio, en un nuevo pozo de abstracciones. Blanca no se cuidaba de su desnudez, como si fuéramos hermanos, o niños inocentes. Yo sentía fluir de mí hacia ella una corriente cálida y serena, teñida por un especie de respeto nacido del descubrimiento, no tanto de su drama personal, sino más bien de su forma de

encararlo; me gustaba ese “tiempo” suyo, un ritmo reflexivo, lento y profundo que me mostraba una riqueza interior que antes no había imaginado en ella.

—¿Quieres que te muestre algo? —preguntó, de pronto, y sentí que hacía rato que estaba meditando sobre eso que, evidentemente, sería algo muy importante en su vida; le dije que sí, y entonces se levantó y se fue vistiendo con todas sus ropas, se acomodó un poco el pelo ante el pequeño espejo adosado al ropero, y me hizo señas de que la siguiera, fuera del cuarto.

Anduvimos por el primer pasillo, por la cocina o patio y luego por el pasillo principal; cerca de la mitad de éste, torcimos a la derecha —por donde se abría ese otro corredor pequeño hacia otros sectores de la casa, los que yo apenas recordaba; había estado, sí, en ellos, durante mis recorridas de los últimos meses para cobrar los alquileres, pero no formaban parte, estrictamente, de lo que había sido mi casa en la infancia; cuando yo vine al mundo, ya esa parte había sido alquilada, ya la familia había comenzado su lenta pero irreversible disgregación, hasta la soledad total de cada uno de nosotros; y ése había sido para mí, siempre, territorio ajeno, y recordaba muy poco de quienes lo habían habitado en aquellos tiempos, inquilinos por lo general poco estables; y a los actuales, como me sucedía con muchos de este

sector, todavía no había empezado a conocerlos, ni recordaba siquiera cuántos eran; los recordaba, o los reconocía, cuando, mes a mes, volvía a encontrarlos. Mi padre me dejó en herencia otras casas complejas, además de ésta, y si ésta me atrajo para fascinarme y para meterme en eso en que esa noche había comenzado a meterme, y que todavía no llegaba a percibir claramente en qué consistía ni en qué podría terminar, había hecho falta, en primer lugar, Nadia, y luego, que ésta hubiera sido mi casa, cuando niño.

Pensé, en una de esas meditaciones gratuitas mías que siempre me acompañan, que tal vez a Nadia la había fabricado la casa, como símbolo o como señuelo o que, por lo menos, la había revestido de los atributos necesarios para fascinarme; y que por debajo de la fascinación que Nadia ejercía sobre mí, y que ahora al parecer había comenzado a declinar, o por lo menos a transformarse en otra cosa, algo muy distinto del deseo imperioso, brutal, que esa noche casi me había llevado a la violencia o al delirio, por debajo de la fascinación de Nadia transcurría la fascinación del edificio. Después pensé que, más sencillamente, era yo mismo que me estaba conmoviendo, buscando entre las cosas y la gente la ordenación de ciertos símbolos secretos, el acto mágico que me devolviera mi identidad, mi libertad. Recordé el muy reciente sueño del promontorio rocoso, la

mujer-espíritu, que me socorría, y comprendí que era cierto que algo se estaba transformando en mí, en forma acelerada.

Blanca me llevó por ese otro pasillo, en ángulo recto con el principal, pero sólo unos pocos pasos; en seguida abrió, con dificultad, una puerta pequeña de madera que yo no podía recordar adónde conducía; tras la puerta, había una completa oscuridad, y Blanca me hizo señas de que la siguiera; tuve que agacharme para poder entrar. Estaba, allí, mucho más fresco que en el resto de la casa, y el olor era distinto, a humedad encerrada. Sentí que la muchacha buscaba algo y por fin vi que encendía un fósforo, y con él una vela. De inmediato cerró la puerta con un grueso pasador. A la luz de la vela pude comprobar que estábamos en el interior de un cuartito muy estrecho, de ese tipo de lugares donde se suelen depositar trastos fuera de uso o elementos para la limpieza. Había unos cajones de madera, casilleros de envases apilados, y una serie de bultos indefinidos. Vi también que el pasador era muy nuevo; imaginé que ella misma lo había colocado. Se veía que utilizaba esa piecita como refugio, un secreto reducto de soledad. Había dispuesto un cajón como asiento y otro, apoyado en el suelo sobre la parte más angosta, hacía de soporte para la vela, que estaba pegada a un platito de café. El resto del espacio apenas si permi-

tía que estuviéramos allí parados, con muy escasas posibilidades de movimiento.

—Aquí paso mucho tiempo —dijo ella, y se dejó caer sobre el asiento improvisado, y se puso a llorar.

Durante unos minutos no supe hacer otra cosa que sentirme imbécil y pensar que debía salir de allí, de cualquier manera, lo antes posible; el lugar me producía claustrofobia, y las mujeres que lloran me producen un efecto bastante parecido; y las dos cosas juntas se me volvían insoportables. Pero al mismo tiempo sentía una gran curiosidad por los secretos que ocultaría este secreto de Blanca; era evidente que lo que ella quería mostrarme no era el cuartito en sí mismo, sino aquello que había en su alma que la había resuelto a fabricarse este refugio. Esa curiosidad me ayudó, si no a vencer la fobia por completo, a hacerla un tanto más controlable. Esperé.

—Disculpe —dijo, cuando estuvo más serena—. No lo hice venir aquí para esto —observé que nuevamente volvía a tratarme de “usted”. Se levantó y sin timidez apoyó su cabeza en mi pecho. Reprimí la tentación de sacar la mano izquierda del bolsillo y apoyársela en la espalda; otra vez me estaba llenando de aquella sensación de poder, pero ahora teñida por otras cosas, y yo también sentía deseos de llorar; se abría paso en mí un dolor por mi propia soledad,

por mis propias horas muertas, por mi propia miseria. Le dije que creía comprenderla.

—Pero yo creo que estoy loca —dijo, y eso me hizo sonreír. Le respondí que a mí me parecía que era todo lo contrario, que se encerraba allí para no volverse loca; para que los demás no la volvieran loca; para refugiarse de la casa misma, que era horrible.

Volvió a su asiento, y ahora levantaba sus ojos hacia los míos; creí ver un brillo de esperanza, o por lo menos de un vivo interés hacia esa nueva versión de sí misma que yo le estaba ofreciendo. Seguí hablando, explicándole lo que había encontrado en ella esa noche, esa simpatía y ese respeto que había despertado en mí. Después le pregunté sobre su plan de vida, y me miró con desconcierto.

—Sí —dije—. ¿Qué vas a hacer? O qué te gustaría hacer.

—No sé —respondió rápidamente, pero había bajado otra vez la cabeza, para ocultar la verdad. Esperé largos segundos en silencio, pero no cambió de actitud.

—Todos queremos hacer algo, ser algo —proseguí, entonces—. A veces, lo que queremos es imposible; a veces, creemos que es imposible, porque no conocemos el camino para llegar. A menudo, no nos atrevemos a confesarnos ni siquiera a nosotros mismos qué es lo que quisiéramos.

Me miró, otra vez, ahora con una débil sonrisa.

—Yo sé lo que quiero —dijo—. Pero es un disparate.

Así seguimos un buen rato, ella ocultándose, yo persiguiéndola, buscando las palabras, la palabra mágica que derribara el pudoroso muro que había erigido alrededor de su sueño, hasta que, por último, confesó, casi en un susurro, que le gustaría bailar. Y de inmediato se echó a reír, en un pequeño arranque de histeria.

—Bailar —repitió, ahora sollozando—. Con estas piernas, mire —y se levantó y levantó la pollera, bastante por encima de las rodillas.

La luz de la vela, y la situación, y mi estado de ánimo, probablemente ayudaran a embellecer esas piernas, tal vez un poco demasiado gordas, tal vez cubiertas por un vello demasiado tupido; pero en ese momento me parecieron unas piernas magníficas.

—¿Qué pasa con tus piernas?

—¿No ve? Son horribles. Gordas, feas, fofas.

—Me parece que estás equivocada —respondí—. Son unas hermosas piernas de mujer.

Me incliné un poco y extendí la mano para acariciarlas, y luego continué, casi automáticamente, el movimiento iniciado por mi cuerpo y me fui arrodillando, me abracé de esas piernas y apreté mi cara

contra ellas, y luego comencé a recorrerlas con mis labios, mientras aspiraba el aroma de su sexo. Las piernas cobraron una vida propia independiente; cada una de ellas era, para mí, una mujer completa, impregnada de un erotismo infinito que se expresaba de un modo distinto en cada punto de la piel; y proseguí incansablemente con mi exploración, o adoración, hasta que Blanca, tal vez celosa de sus propias piernas, me obligó a apartarme de ellas y a incorporarme, ofreciéndome a cambio su boca.

—Me parece que estás equivocada —respondí—. Son unas hermosas piernas de mujer.

Dejó que la pollera volviera a su sitio y me miró con una expresión que me hizo pensar que ella sentía mis palabras como una ofensa; creía, sin duda, que me burlaba de ella. Le aseguré que le estaba hablando con total sinceridad pero que, en todo caso, no se conformara con esta única opinión; le hablé de una amiga mía, profesora de danza, que podía decirle con exactitud cuáles eran sus posibilidades de llegar a ser bailarina. Le expliqué que, incluso, podría mediante el ejercicio moldear las piernas casi a su capricho; a su edad, no le llevaría mucho tiempo obtener resultados. Ella me seguía mirando sin atreverse a creerme, y fue necesario

que le hablara un buen rato más para lograr convencerla. Por fin, opuso el obstáculo que yo imaginaba: no tenía con qué pagarle a la profesora. Le dije que eso correría por mi cuenta, y convinimos que al día siguiente yo la llevaría, por la tarde, a la casa de mi amiga. Entonces bruscamente me echó los brazos al cuello y me plantó un beso en la boca. No quise aprovecharme de su agradecimiento para llevar las cosas más lejos. La aparté suavemente y le dije que me iba a dormir.

En realidad, no pensaba volver a aquel colchón en el suelo; lo que quería era salir a la calle, para respirar un poco de otro aire, y después tal vez tomara un taxi para volver a mi apartamento, o quizás buscara, con el taxi, un café abierto en el centro y me quedara sentado a una mesa, tomando café y mirando por la ventana hacia la oscuridad o hacia el neón de la calle, pensando un poco en mí mismo, en todo aquello que me sucedía; por una vez, sentí, estaba viviendo las cosas más rápidamente de lo que podía pensarlas, y eso me provocaba cierta embriaguez, algo como una complicada y misteriosa alegría de vivir, pero también excitaba el antiguo temor, el miedo a estar equivocándome, a actuar fuera de la rutina, sin la maléfica protección de la sombra de mi padre. Ahora, a la luz de la vela, no encontraba su sombra por ningún lado; busqué mi perfil en la

pared y sólo vi sombras alargadas que bailoteaban, entre grotescas y mágicas.

Salimos de allí, después de apagar la vela, y nos despedimos en el pasillo principal con un beso que más bien fue un roce de mejillas. Eché a andar hacia la puerta cancel, y mi mano izquierda reconoció al elefantito de plata, o de lo que fuere, al que había estado acariciando automáticamente en el bolsillo, sin recordarlo. La luz de la pieza a la calle seguía filtrándose por las rendijas de los postigos, y en lugar de abrir la puerta cancel como pensaba, cambié el impulso y abrí, sin llamar, esa otra puerta. En realidad, sabía, íntimamente, que no se trataba de una decisión espontánea del momento, sino de la cuidadosa realización de un plan previo; lo que no podía saber era mi exacta participación en ese plan que, si era mío, no era totalmente mío: alguien —los dioses, la casa, las personas que la habitaban, o no sé quién— parecía disponer las cosas para que así sucedieran, y cada vez que yo creía estar decidiendo algo, una oscura voz interior me hacía saber que, en realidad, estaba obedeciendo.

Antonieta, en la cama, leía una de aquellas novelas abominables. Apenas si levantó la vista del libro, por un instante, cuando sintió abrirse la puerta; como si estuviera esperándome, y sólo quisiera comprobar que era yo, y no otro, quien había en-

trado; aunque, sentí, si hubiera sido otro era muy probable que le diera exactamente lo mismo. Estaba reclinada contra un alto almohadón, y la sábana no alcanzaba a cubrirle el torso. Cerré, y busqué una llave en la cerradura, pero no había; en cambio vi un pequeño pasador, un poco por debajo de la caja de la cerradura, y lo corrí. Rodeé la cama, hacia el lado más próximo a la ventana, me desvestí como si quien estaba en la cama fuera mi esposa, con quien llevara muchos años de casado, y ella se corrió un poco para dejarme sitio a su izquierda, sin dejar de leer. El libro tenía un título imposible de recordar por lo repetido de las palabras que empleaba, y en la tapa sonreía una mujer semidesnuda. Mis tensiones se fueron disolviendo, mientras mi vista vagaba por las florcitas del empapelado, y me sentí como sumergido en una cómoda bañera llena de agua tibia. Luego entrecerré los ojos y llevé la mano hacia Antonieta, rocé su vientre y busqué los vellos y empecé a hacerlos jugar entre mis dedos. Por fin, ella dejó de leer.

Capítulo II

(1)

Desperté cerca del mediodía. Aun antes de abrir los ojos, sabía dónde me encontraba; el persistente perfume de Antonieta hería suavemente mi olfato desde las sábanas y fue lo primero que llegó a mi conciencia. Desperté con una sensación placentera. La luz del sol se filtraba oblicuamente entre las tablillas de los postigos, y durante un rato me entretuve en esa contemplación, como cuando niño despertaba en esa misma pieza y mis ojos terminaban posándose siempre en esos rayos, como filtrados, que tenían la virtud de hacer visibles las partículas de polvo en su lenta y eterna danza; yo creía entonces que el polvo estaba sólo donde estaba la luz, y tenía miedo de respirar allí; y si los rayos llegaban hasta mi cama, y eso debía ser forzosamente mucho antes del mediodía, hacía lo posible por contener la respiración.

Antonieta no estaba en la pieza, y me alegró que no estuviera. Lo había pasado espléndidamente con ella, pero, tal vez por eso mismo, ahora no tenía ganas de verla y, menos aún, de hablar. Me vestí, y me acomodé un poco el pelo con las manos ante el espejo del ropero, sonriéndole a esa imagen un poco demacrada y barbuda. Salí al vestíbulo, tratando de pasar inadvertido; no había, por suerte, nadie a la vista. En mi patiecito alguien se había ocupado de enrollar el colchón y dejar todo como estaba antes. Desde la mitad del corredor creí advertir una cierta agitación allá en el patio, ahora iluminado por la luz del sol que filtraban unos vidrios esmerilados en el enorme ventanal, por encima del aljibe, y me metí en el baño.

Al salir, seguí tratando de pasar inadvertido; necesitaba estar a solas conmigo mismo, aunque no estuviera poseído por el malhumor que a menudo suele aquejarme en las horas siguientes al despertar; en esas ocasiones necesito estar solo, dándome tiempo a despertar del todo, reviviendo los ensueños de la noche y adaptándome lentamente a la idea de la vigilia; pero en ese momento quería estar solo para que lo vivido la noche anterior se fuera asentando, ocupando su lugar en mi espíritu, y, por otra parte, también imaginaba, o temía, que mucho de eso que anoche había sentido como mágico, hubiera de

ensombrecerse o empañarse durante el día. Temía, concretamente, encontrarme con una Nadia carente de atractivo o de sugerencias, vulgar; o, que, ahora, después de lo sucedido anoche, tanto ella como Blanca y aun yo mismo nos sintiéramos un poco avergonzados o culpables; o que en ellas se hubiera despertado nuevamente la mala imagen que había de mí en esa casa, o reavivado por el hecho de haberme entrometido en sus intimidades. Tampoco estaba muy seguro con respecto a la actitud a adoptar ante Antonieta, ni qué disposición de ánimo tendría ella hacia mí en esos momentos; aunque ella estuviera acostumbrada a enfrentar este tipo de situaciones, a mí me habría molestado tener que adoptar una actitud de disimulo, tratarla con cierta distancia ante otra gente; por otra parte, no se había establecido entre nosotros, en ningún momento, ningún tipo de trato comercial; tal vez ella fuera, como lo afirmaba el albañil y como yo mismo había comenzado a sospechar, una prostituta, y en ese caso yo le estaría debiendo dinero y ella tal vez pensara que yo no quería pagárselo, y de todos modos, no me habría atrevido a ofrecérselo. Pensé que más tarde, cuando empezaran a caer las sombras y se encendiera la luz artificial, el clima de la noche anterior podría reestablecerse más fácilmente, o que por lo menos a mí me resultaría mucho más fácil retomar el contacto

con esa gente, hasta que consiguiera familiarizarme más con ellos y obtener, quizás, un trato más natural. En ese estado de pensamientos poco claros y no del todo sensatos, pero acompañados por un ánimo mucho menos complicado y más bien alegre, me dirigí hasta la puerta de calle, sin encontrar a nadie en mi camino, y salí.

Estuve unos momentos junto a la puerta, dejando que mis ojos se adaptaran a la intensa luz del sol; era un día como los anteriores, de mucho calor. La puerta no abría directamente sobre la calle; daba a un senderito sinuoso que pasaba por un jardín muy abandonado, todavía con algunas plantas y flores pero lleno de yuyos y trozos enteros de tierra reseca. El senderito llevaba a un portón de madera, ahora inexistente; sólo quedaban un hueco en el pequeño muro y las bisagras del portón todavía adheridas a él. Ya en la vereda, busqué la sombra de las copas de los viejos plátanos. Hacía mucho tiempo que no andaba por el barrio; las últimas veces que había venido, a cobrar los alquileres, me había bajado del ómnibus en la parada situada casi enfrente, y sin ver ni querer ver nada de los alrededores también a la vuelta esperaba el ómnibus casi en la puerta de la casa. Ahora, al caminar, iba descubriendo que muy poca cosa quedaba en pie de lo que recordaba de esa zona, lo que por otra parte no era mucho: la casa vecina, perdida

a los fondos de un enorme terreno caóticamente sembrado, el camino hacia la casa de un compañero de juegos, en esa misma cuadra, y, andando un par de cuadras más, recuerdos muy poco claros del camino que me llevaba a la escuela. No había más baldíos, ni aquellos extensos jardines como el de nuestros vecinos, con alguna modesta construcción hacia los fondos, ni cercos de tejido de alambre donde corrían las guías de unas enredaderas con flores alargadas de color lila veteado de blanco; los espacios verdes habían desaparecido casi por completo, y sólo parecían sobrevivir los plátanos, y algunas plantas, ahora en macetas, en algunos balcones. Las casas que yo había conocido y todavía recordaba habían sido demolidas casi todas, o tan refaccionadas que ya no podía reconocerlas; la mayor parte de la edificación era bastante reciente, y se buscaba aprovechar el espacio todo lo posible.

El barrio, sin embargo, seguía siendo tranquilo; un barrio obrero, con muy poca gente en las calles y, por lo menos en esas cuadras que anduve, muy pocos comercios. No me fue fácil encontrar un café, que buscaba con la idea de desayunar; recién hallé uno a unas cinco o seis cuadras de la casa, pero no en línea recta; me había ido alejando de ella por calles

perpendiculares y paralelas, azarosamente, y ahora me encontraba en un punto situado detrás de la casa y hacia su izquierda.

El edificio del bar era relativamente de nueva construcción, pero ya el ambiente lo había transformado en un clásico boliche de barrio; predominaba el olor a vino ácido, digerido, y a pesar de la limpieza del piso y de las mesas con tablas plastificadas, de algún modo se las ingeniaba para transmitir una impresión de suciedad o abandono. Cuando entré y busqué una mesa desocupada, junto a una ventana amplia, cayeron sobre mí esas miradas curiosas y agresivas propias de los círculos excluyentes; en este caso, un grupo de hombres dedicados a almorzar, algunos de ellos a beber solamente, apoyados contra el mostrador. En todo el tiempo que estuve allí supieron hacerme notar que el territorio era ajeno, que yo pertenecía a otro barrio y a otra clase social.

Para mí era el momento del desayuno; el mozo me trajo una taza grande de café negro muy cargado y algunos sándwiches. Me dediqué a mirar por la ventana mientras comía, aunque no había mucho para ver: las veredas, con el sol cayendo verticalmente, un par de árboles, el ocasional paso de algunos peatones y automóviles, algunas casas enfrente. Más

que mirar, veía sin prestar mayor atención a lo que veía, refugiado en mis pensamientos. Desde luego, Nadia se ubicaba en el foco principal. Hasta hacía pocas horas era una desconocida a quien había visto tres o cuatro veces, y se había metido insidiosamente dentro de mí casi desde un primer momento, sin que pudiera reconocerle nada concreto en especial que la distinguiera de tantas y tantas mujeres que conocía o que podía encontrar azarosamente, así como a ella en esa casa, en otros lugares, hasta en la calle: sin embargo, había logrado generar aquella atracción creciente que había hecho crisis la noche anterior para, de pronto, esfumar en mí esos sentimientos, o más exactamente impulsos, y dar paso a otra cosa que no sabía cómo llamar, pero que estaba muy relacionada con aquella imagen de mujer-espíritu del sueño. Y Blanca, que de ser la "hermana fea", había desarrollado ante mis ojos un atractivo propio, que incluía un amable sentimiento. Y Antonieta, con quien jamás había pensado en llegar a aquella intimidad, aunque no había pasado más allá de la piel, continuaba siendo una desconocida para mí, pero no en el mismo sentido misterioso de Nadia. Antonieta me resultaba un ser completamente previsible, casi transparente, con el único atractivo de sus habilidades eróticas que, por ser nada más que eso, se agotaría muy rápidamente. Nadia, en cambio, y no



dos y blancos, comprobé con asombro que el piso estaba completamente seco y limpio. En la pileta, la canilla ya no goteaba; y el desagüe había sido arreglado, aunque de modo provisorio, forrándolo con una mezcla de arena y portland. Parecía una pierna enyesada, pero me alegró el resultado de mi conversación con el albañil; no había imaginado que reaccionara con tanta celeridad. Fui entonces hasta la llave de la luz y, al accionarla, la lamparita encendió.

Me dirigí, ya con mucho mayor animación, a la pieza de las muchachas; la puerta estaba abierta, tapada siempre a medias con aquella especie de cortina; nadie respondió a unos golpecitos que di suavemente en un vidrio, y me asomé y vi que en la pieza no había nadie, a excepción de Paula en su cuna; si bien estaba en silencio, no quise entrar por las dudas de que estuviera despierta y se asustara de mi presencia. Me extrañó que la hubieran dejado sola, pero supuse que las mujeres no deberían andar lejos. Volví entonces sobre mis pasos, y en la puerta del refugio secreto de Blanca, cuando iba, por fin, rumbo al otro sector, tuve una inspiración y golpeé levemente, haciendo tamborilear los dedos en la madera. Al cabo de unos instantes la puerta se abrió.

Allí estaba Blanca, con los ojos enrojecidos e hinchados, y en la cara huellas muy visibles de llanto. Después de una breve vacilación me hizo entrar,

supongo que para evitar que alguien me viera allí y descubriera su escondite, y no porque tuviera especiales deseos de verme. Dentro, la luz tenebrosa de la vela me sumergió abruptamente en el clima de la noche anterior. Ella se sentó en aquel cajón que usaba como silla, y allí quedó, sin decir nada, ni siquiera mirarme. Imaginé de qué se trataba.

—Vi que arreglaron la pérdida de la cocina —dije, para evitar el tema—. Y la llave de la luz. No dijo nada.

—Me sorprendió que lo hicieran tan rápido —continué, y esperé inútilmente alguna palabra suya. Después de parlotear vanamente un par de minutos más, me resigné y decidí entrar en el juego—. ¿Qué te pasa? —pregunté. Pero como tampoco respondiera, fui hasta la puertita y recorrí el pasador que ella había tenido buen cuidado de correr después de que yo entré; y cuando estaba por abrir, oí por fin su voz.

—Anoche dormiste con esa puta —dijo sordamente.

Me volví, y apoyé la espalda contra la puerta.

—¿Y entonces? —dije. Ella se sumergió de nuevo en ese hosco silencio—. Bueno —murmuré—, te sugiero que te pongas tu ropa de salir; pienso pasar a buscarte dentro de una hora, más o menos. Y te recuerdo que Paula está sola.

Salí, y de inmediato oí el ruido del pasador que se corría con furia. Sin resolverme todavía a encarar la cobranza, fui a golpear la puerta del albañil. Quería felicitarlo por su trabajo. Esperé unos instantes y no respondió; supuse que había salido, tal vez a recorrer obras en construcción con la esperanza de conseguir un trabajo nuevo. De paso, vigilaba el corredor, por ver si Blanca abandonaba su encierro y volvía a su pieza; con esa misma idea, porque la reacción de la muchacha me estaba preocupando más de lo que yo mismo quería admitir, fui entonces a golpear en la otra puerta, la más cercana al patio grande, que correspondía a la pieza de aquel hombre que habíamos cruzado anoche, el que trabajaba en algo así como una imprenta. Tampoco allí tuve respuesta. Hice un poco más de tiempo, Blanca no apareció, y entonces de muy mala gana volví a pasar ante la puerta del cuartito secreto y seguí de largo hacia el otro sector.

Como he dicho, la casa se había construido azarosamente, y desde mi punto de vista se habían cometido graves errores, no sólo arquitectónicos sino incluso puramente de sentido común. Así, este pequeño pasillo daba a otro, paralelo al corredor principal, casi de su misma extensión que, de no estar interrumpido por una pieza, podría considerarse la prolongación del corredor pequeño que llevaba a la pieza de Nadia, aunque no puedo asegurar que,

sumado a éste, formara una perfecta línea recta. El corredor del sector al cual había por fin llegado era descubierta; y en lugar de terminar en una puerta o abertura a la calle, finalizaba ante la puerta de una última pieza, que no comunicaba con el exterior más que por una pequeña ventana al jardín del frente. De modo que quienes habitaban este sector debían entrar por la única puerta a la calle, y describir una especie de U por esos corredores interiores y éste, descubierta. Habría sido mucho más lógico y más cómodo prolongar este corredor descubierta hasta la vereda, de modo de crear dos bloques o sectores independientes uno del otro. Pensé que eso era lo que debía hacer yo, con el tiempo, cuando los medios me lo permitieran, aunque se resintiera un poco la última habitación, que debería ceder espacio a la prolongación del pasillo.

Comencé precisamente por esa última pieza, ocupada por la vieja señora que me había asustado anoche, y por su hijo, y nunca pude saber por cuánta gente más, ya que nunca me había abierto más que una estrecha rendija de la puerta; esta vez atendió la propia doña Sara y se empeñó en negar que su hijo estuviera allí en ese momento, pero yo conocía a esa gente y me mantuve firme hasta que el hijo apareció, apartó a su madre con cierto enojo controlado, y comenzó entre nosotros la discusión

de siempre, la que para mí se estaba transformando en una especie de deporte, a veces hasta divertido, pero que esta vez me cansó hasta el punto de deprimirme y darme ganas de aceptar los términos para no seguir discutiendo. Se trataba, desde luego, de que no tenían dinero para pagar el alquiler, y quería pagarme primero una cuarta parte, luego la mitad y finalmente un poco menos de lo establecido. Me sentía mareado, por el calor y la luz del sol, que caían directamente sobre mi cabeza, y por ese olor de naftalina y telas nuevas, seguramente arrolladas en piezas enteras, que los judíos almacenaban allí; pero me mantuve firme, un poco por capricho, y también porque sabía que no debía permitirme crear un antecedente de este tipo. Pensé en Blanca, quizás encerrada aún en su cuartito, llorando o mortificándose; y en Paula, abandonada, llorando, con hambre y con miedo; y al mismo tiempo sentía unas ganas renovadas de volver a ver a Nadia y escuchar aquella voz ligeramente ronca, suave y cautivante. La transpiración me hacía picar la cabeza, y ya sentía la garganta seca; cada vez tenía menos interés en seguir hablando, pero no había otro remedio que cumplir con el ritual completo, algo que se arrastraba desde los tiempos de mi padre. Esperé el momento preciso, como de costumbre —cuando la discusión se estancaba y ambos repetíamos siempre lo mismo—, para

invocar unas hipotéticas autoridades y recordarle su condición precaria, de muy dudosa legalidad, con el agravante de la utilización de la vivienda con fines de depósito comercial, para que, al fin, se resignara a cerrar la puerta, reabrirla unos minutos después y entregarme el importe justo del alquiler. No tuve ánimos para continuar con la cobranza; me faltaban tres o cuatro de ese sector; recordé a un cincuentón gordito, que se creía chistoso y que además convidaba con una insistencia empalagosa a beber una copita de no sé qué brebaje, y con mayores bríos entonces volví rápidamente al primer sector, y de allí a la pieza de Nadia.

Ella no estaba, pero Blanca había vuelto y se la veía más tranquila. Estaba sentada en una silla, sin hacer nada. La niña estaba despierta, mirando todo desde la cuna con una expresión muy inteligente en sus ojos tan negros como los de su madre; tenía el chupete en la boca y lo succionaba con cierta displicencia, como haciendo notar que comprendía muy bien que se trataba de un engaño. Cuando me acerqué a la cuna me miró durante unos momentos, sin mayor curiosidad, y después dejó que su vista siguiera resbalando por la habitación.

—No voy a ir con usted —dijo Blanca. El tono seguía siendo resentido, hosco.

—¿Vas a ir sola? —pregunté, en un tonto juego

de palabras que buscaba de alguna manera restablecer una comunicación menos tensa.

—No voy a ir —respondió, en el mismo tono anterior, y el punto final se hizo muy evidente.

—¿Nadia?

—Trabajando.

—¿Qué hace?

—Limpiezas.

Me chocó vivamente la imagen de Nadia estropeándose las manos en ese tipo de tareas, y le chocó mucho más, según pienso, a ese sentimiento mío que me llevaba a idealizarla.

—¿Tú no haces nada?

—Cuido a Paula.

—¿Entonces tenemos que esperar que vuelva Nadia para salir? —insistí.

—No voy a salir.

Tenía ganas de agarrarla del pelo, sacudirla, abofetearla, gritarle que no fuera estúpida, que se trataba de mejorar su vida, que anoche no le había prometido casamiento ni le había insinuado siquiera que la amaba, que esos celos estaban completamente fuera de lugar, que yo era libre, y que ella debería tratar también de serlo. En cambio, dije “Bueno”, y recorrí pesadamente, una vez más, ese largo pasillo hasta la puerta de calle. Quería tomar algo fresco y, sobre todo, salir de allí, donde las cosas parecían haberse

petrificado. “Es un problema de horarios —pensé—. De noche las cosas son mucho más coherentes.” Además, la mayoría de la gente parecía estar afuera, y era lógico; miré el reloj: eran cerca de las cuatro de la tarde. En principio, busqué el bar donde había desayunado, para tomar algo, tal vez comer algún otro bocado, y después decidir qué hacer: si volver a mi apartamento, para regresar a la casa esa misma noche a seguir la cobranza, perdiendo casi todo el tiempo en los viajes en ómnibus; o si quedarme por allí, hasta las siete, o las siete y media, la hora más apropiada para encontrar a la gente, con un largo rato por delante para aburrirme y deprimirme.

En el bar, me senté a la misma mesa y pedí un refresco y unos sándwiches. El paisaje que se veía por la ventana no se había animado en absoluto; apenas los distintos matices de la luz del sol al caer sobre las cosas desde un ángulo ligeramente distinto. Y mientras tomaba el refresco y masticaba los sándwiches, pensaba en Blanca. Si bien podía darme perfectamente cuenta de que ella me estaba chantajeando, no podía evitar un molesto sentimiento de culpa; la voz interior que nunca descansa me reprochaba haber martirizado a esa muchacha, que sin duda estaba enamorada de mí, primero con el deseo manifiesto que yo sentía hacia la hermana y luego por esa visita a Antonieta que, como podía

haberlo previsto, en una casa y en un barrio como éstos no pasaría desapercibida. Probablemente la misma Blanca hubiese espiado mis andanzas, ella que tanta facilidad tenía para surgir de improviso en los momentos y lugares menos esperados. Sí; yo había maltratado sus sentimientos y ella, ahora, me castigaba castigándose a sí misma, negándose la esperanza de un cambio y negándome a mí la satisfacción de ayudarla. “Ciertamente —me decía la voz—, te gusta a veces representar el papel de redentor; pero ese papel exige ciertos sacrificios”. Sin embargo —traté de defenderme de la voz—, no hice nada malo; y de cualquier manera, no tengo otro compromiso con esa muchacha que el de ayudarla a hacer lo que ella quiere. “Bonita manera de ayudarla”, continuó la voz en contrapunto, y así me fui amargando progresivamente hasta que dejé el bar y empecé a caminar otra vez por el barrio.

En la estación de ferrocarril me volví a sentar en el mismo banco, y pronto sentí unos deseos tremendos de comprar un boleto hacia cualquier parte y viajar, sin necesidad, o con la necesidad de salir de mi estado de ánimo y de todo lo que había sucedido en aquella casa. Incluso me levanté del banco y di un par de pasos en dirección a la oficina donde vendían los pasajes; pero seguí de largo sin decirme porque, lo sabía, era un gesto simbólico, era

una ruptura justamente con esa noche pasada y sus consecuencias, pero puramente exterior; el malestar que sentía seguiría acompañándome aunque diera la vuelta al mundo, si no era capaz de desprenderme de él íntimamente. Además, quería volver a ver a Nadia, y también a Blanca y, por qué no, a Antonietta. Pensé entonces en un viaje muy corto, hasta la próxima estación, ida y vuelta, pero también pensé que no tenía sentido. Mi indecisión se manifestaba también en la manera de caminar, de un lado a otro por el andén, como si estuviera esperando a alguien. En verdad, lo que esperaba era que se rompiera de una vez ese lacerante equilibrio entre dos impulsos opuestos: volver a la casa, huir de ella. Opté por desplazarme con mi conflicto nuevamente hasta el bar, ahora en busca de una taza de café, lo cual implicaba que el impulso de volver a la casa comenzaba a imponerse; sabía que cuando las sombras fueran sustituyendo a la luz del sol, me sería imposible huir de ella; y era eso sin duda lo que secretamente buscaba.

La mesa que había ocupado en las anteriores ocasiones estaba ahora ocupada por dos hombres; pero otra mesa estaba libre, junto a la ventana de la otra pared. Pedí el café y miré un rato hacia afuera. El paisaje podría haber sido exactamente el mismo; casas muy parecidas, dos árboles, inmovilidad casi absoluta. Cuando me trajeron el café y desvié la mi-

rada hacia el pocillo, advertí que había una figura de pie a mi izquierda, silenciosa e inmóvil; me sentí molesto, sometido a una contemplación insolente. Miré hacia allí y, en efecto, era el albañil, mi inquilino, que tenía los ojos clavados en mí.

—Qué tal —saludé, y le hice una seña, invitándolo a tomar asiento frente a mí. Tenía un vaso de alcohol en la mano derecha, y la mirada vidriosa.

Se dejó caer pesadamente en la silla; sus movimientos eran torpes, pero se las arreglaba para no derramar una sola gota del contenido de su vaso.

—Lo felicito —le dije—. Vi el arreglo del patio. No pensé que fuera a hacerlo tan rápido.

—Estoy harto de usted y de la gente como usted —dijo sordamente, tratando de fijar en mí una mirada dura. No puedo decir que me tomara de sorpresa, porque su agresividad la había percibido aun antes de verlo, pero me había imaginado que el enfrentamiento llegaría después de algunos rodeos.

—¿Qué le pasa? —pregunté y, por las dudas, resolví apresuradamente mi café y comencé a beberlo, porque sus aires belicosos podían desembocar en cualquier momento en una escena violenta, y yo deseaba realmente tomar café.

Empezó con una larga perorata, llena de vueltas, indirectas y sobreentendidos, más de acuerdo con el comienzo que yo había esperado para la conver-

sación; al fin fui comprendiendo que él también se refería a mi visita a Antonieta; evidentemente, mi pequeña aventura no había pasado desapercibida. Imaginé que la propia Blanca podría haberle informado, esa mañana, mientras él hacía los arreglos en el patio, como para crearme un enemigo más. Intenté defenderme; él mismo había dicho, entre sus balbuceos de la noche anterior, que no le importaba que Antonieta recibiera a otros hombres —pero no me dejó hablar; y mis intentos de interrumpirlo hacían que elevara el tono de voz y se acentuara su agresividad, así que opté por callar y terminar el café. Dejé una moneda sobre la mesa.

—Le hice el arreglo porque ese dinero me quemaba las manos —dijo—. Se lo hubiera tirado a la cara, pero usted todavía estaba durmiendo en la cama de su amiga —amagó levantarse, pero le gané de mano; sabía que si lo dejaba pararse mientras yo quedaba sentado, me iba a ser difícil salir de allí ileso. Me levanté, y le apoyé una mano en el hombro, en un ademán de apariencia amistosa pero cuyo verdadero objetivo era frustrarle un nuevo intento de levantarse, mientras le decía que pensara como quisiera, pero que, de todos modos, yo había quedado muy satisfecho con su trabajo. Después salí apresuradamente del bar. A una media cuadra de allí, me pareció oírlo, gritando algo desde la puerta,

pero me hice el sordo. Miré el reloj: recién eran las cinco. Realmente no sabía cómo iba a pasar esas dos horas largas, hasta que la casa recobrar su clima o por lo menos hasta que mi propósito de cobrar el resto de los alquileres tuviera más chances de éxito. Lo único que se me ocurrió fue tratar de hacer un nuevo intento con Blanca; si ella seguía obstinada en lo suyo, me volvería a casa y dejaría los alquileres para otro día. Lo cual significaría también, lamentablemente, dejar para otro día un encuentro con Nadia.

Encontré a Blanca en la misma actitud, y hasta en la misma posición, sentada en la silla, tal como la había dejado. Sin embargo, había un biberón vacío sobre la mesa, y Paula dormía.

—¿Vamos? —pregunté.

—No.

Golpeé en la puerta de Antonieta, no hubo respuesta. Giré el picaporte y empujé, pero habían corrido el pasador. Dejé la casa y esperé el ómnibus en la parada; tardó un buen rato en llegar.

Mientras esperaba, yo miraba incansablemente en una y otra dirección, girando lentamente el cuerpo, o dando algunos pasos de ida y de vuelta hacia uno y otro lado, siempre con la esperanza de ver llegar a Nadia; algunas mujeres, a lo lejos, me hacían pensar que podía ser ella, pero al acercarse se iba esfumando

lentamente toda semejanza. Cuando llegó el ómnibus y se detuvo, abriendo su puerta delantera, sentí como una torsión interior, como un desgarramiento espiritual, y cuando me senté, seguí mirando por la ventanilla hacia la calle, buscando con la mirada, sin saber para qué, la figura de Nadia.

(2)

El ómnibus andaba lentamente porque a esa altura de la tarde eran pocos los pasajeros que subían o bajaban, y el conductor podía cumplir su horario con entera comodidad; así, el viaje se fue haciendo bastante aburrido, y noté que después de dejar atrás aquel barrio, tras una espera no demasiado larga ante la barrera del ferrocarril, mi estado de ánimo comenzaba a variar, como si hasta ese momento hubiera sido impuesto por el paraje. Me iba sintiendo más liviano, y al mismo tiempo mis pensamientos, al volver sobre lo que había sucedido en la casa, iban adquiriendo una cierta frialdad, u objetividad, que no sé hasta qué punto podía ser auténtica; pero lo cierto es que cuando el ómnibus llevaba poco más de la mitad del recorrido hasta su destino, comencé a sonreírme ante mis recuerdos. Éstos no se borraban, sino que aparecían una y otra vez, pero como des-

gastándose en su carga emocional, tal como sucede con los sueños o las pesadillas capaces de atormenarnos mientras dormimos y que luego se prolongan en una huella anímica al despertar; al evocar esas imágenes y prestarles la atención que reclaman, su efecto se va diluyendo hasta quedar liberados de su influjo, y entonces aquel malestar o aquella preocupación que habían generado aparece completamente absurda. Y a medida que las emociones se iban asentando y reubicando alrededor de esas imágenes, o entrelazadas con ellas, se iba definiendo poco a poco, y cada vez con mayor precisión, un esquema bastante claro y sencillo de lo que, en adelante, debía hacerse con respecto a la casa y sus habitantes. Cuando llegué a mi apartamento ya había algunas resoluciones muy nítidas dibujadas en mi mente, y no quise dejar que el impulso fuera perdiendo fuerza; llamé de inmediato al escribano que se ocupa de mis asuntos y le expuse mi voluntad de que fuera él quien se encargara en lo sucesivo de la cobranza de los alquileres; pero, más aún, le expresé mi deseo de regularizar mediante contratos la situación de esa gente, tanto de la casa que acababa de visitar como de las demás propiedades heredadas: y le hablé también de mi proyecto de ir haciendo las refacciones necesarias en los edificios, en la medida de mis posibilidades. El hombre se sintió muy satisfecho: por

supuesto que a él todo eso le convenía, pues había de proporcionarle una buena ganancia, pero yo sabía que no era éste su único motivo de satisfacción; él era un antiguo amigo de mi padre y de la familia, y estas medidas habían sido aconsejadas por él muchas veces a mi padre, sin que éste le hubiera prestado jamás la menor atención, prefiriendo complicarse la vida no sólo con las cuentas y los trámites, sino también con esa oscura, turbia relación con los inquilinos que, ahora, amenazaba con envolverme y devorarme también a mí.

Mientras esos trámites se iban organizando, fui por última vez a la casa, entre otras razones porque quería examinar detenidamente aquellas pertenencias mías acumuladas en el patiecito, con idea de trasladar a mi apartamento las que tuvieran algún valor para mí y deshacerme del resto. Habían pasado un par de semanas desde la visita anterior; tal vez un poco más. Hice sonar el timbre varias veces, porque ya no me siento con derecho a utilizar la llave, hasta que por fin alguien se decide a abrir la puerta: es el albañil, y advierto en seguida que han desaparecido de su rostro las huellas de la depresión, y que ahora está sobrio. No puedo decir que me trate cordialmente, pero tampoco evidencia aquella agresividad. Me hace pasar, y desaparece en el cuarto de Antonieta —donde, presumo, ahora estará

viviendo. Ella no se hace ver, pero yo sé sin sombra de duda que está en la pieza y que sabe que soy yo quien acaba de entrar. Las puertas del cuarto de los ancianos están abiertas de par en par, y si bien los muebles todavía están allí, falta el primus; y todo me da la sensación de que ya no la ocupa nadie; pienso que la anciana ha muerto, y que el hombre tal vez se ha ido a vivir con algún pariente. Paso junto al patiecito donde están mis cosas pero no puedo detenerme en ellas como pensaba; la misma fuerza de aquella vez, aunque con matices distintos, atenuada —pero no sólo atenuada—, me va llevando hacia los fondos, a lo largo de aquel pasillo cuya lamparita ya está encendida, con la misma triste luz de siempre; el patio está a oscuras y en silencio; enciendo la luz, y veo que se ha mantenido seco y limpio. El pasillo que lleva a la pieza de Nadia también está a oscuras, lo mismo que su pieza; enciendo la luz de ese pasillo y me voy acercando lentamente a la puerta, con una opresión angustiosa en el pecho, como anticipándome a lo que voy a encontrar: no está puesto el género celeste que hacía de cortina, las dos hojas de la puerta están abiertas, como las de la pieza de los ancianos, y en el interior no hay absolutamente nada, ni nadie. Aun con suelas de goma, mis pasos resuenan multiplicados por los ecos de la habitación vacía. Quiero encender la luz, pero no han dejado

siquiera la lamparita; a la luz del pasillo puedo ver el cable que cuelga rematado en el portalámparas vacío. Y todo está absurdamente limpio, como si se hubiera querido borrar hasta las más mínimas huellas de la presencia de sus habitantes.

En ese momento sentí, honesta pero insensatamente, que Nadia y su mundo no habían existido nunca. Mis pasos resuenan multiplicados por los ecos de la habitación vacía. Y todo está absurdamente limpio. En ese momento supe que había de seguir buscando a Nadia, inútilmente, toda la vida. Ni siquiera está puesto el género celeste que hacía de cortina, las dos hojas de la puerta están abiertas, y en el interior no hay absolutamente nada, ni nadie. A la luz del pasillo, puedo ver el cable que cuelga rematado en el portalámparas vacío. Y todo está absurdamente limpio, como si se hubiera querido borrar hasta las más mínimas huellas de la presencia de sus habitantes. Sentí pánico, como enfrentado a un vacío absoluto. El pasillo que lleva a la pieza de Nadia también está a oscuras, lo mismo que su pieza; enciendo la luz de este pasillo y me voy acercando lentamente a la puerta, con una opresión angustiante en el pecho, como anticipándome a lo que voy a encontrar: ni siquiera está puesto el género celeste

que hacía de cortina, las dos hojas de la puerta están abiertas, como las de la pieza de los ancianos, y en el interior no hay absolutamente nada, ni nadie. Aun con suelas de goma, mis pasos resuenan multiplicados por los ecos de la habitación vacía. En ese momento sentí, honesta pero insensatamente, que Nadia y su mundo habían desaparecido para siempre —porque yo había dejado de inventarlos.

1982-1984

Índice

Fauna	7
Desplazamientos	135